
Mi distinguida familia
ES ACTOS
MICOS,
DE
RIQUE
AREZ
DE
ZA
(CARICATURA DE UN HOGAR MODERNO)
50 cts.

Cubierta

de

este

número:

María Bru

y

Eloísa Muro

en

una

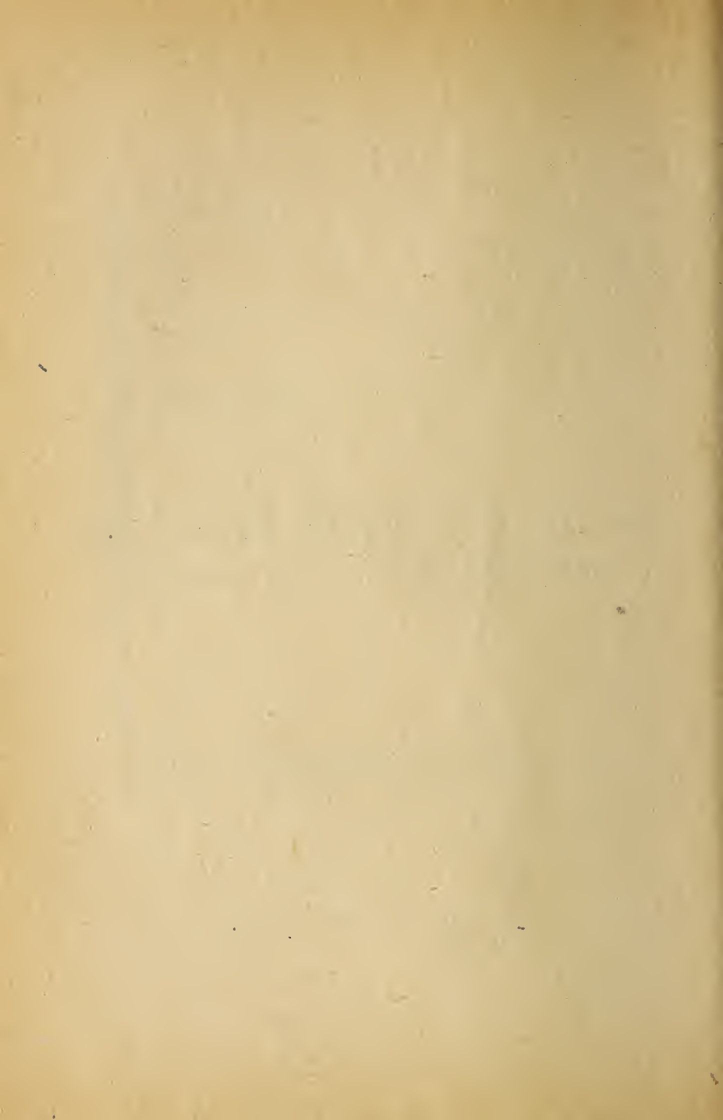
escena

de

Mi distinguida familia

MI DISTINGUIDA FAMILIA

CARICATURA DE UN HOGAR MODERNO



ENRIQUE SUAREZ DE DEZA

MI DISTINGUIDA FAMILIA

(CARICATURA DE UN HOGAR MODERNO)

COMEDIA COMICA EN TRES ACTOS

Estrenada en Madrid el 9 de diciembre de 1932, en el Teatro María Isabel, por la Compañía titular del mismo.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO



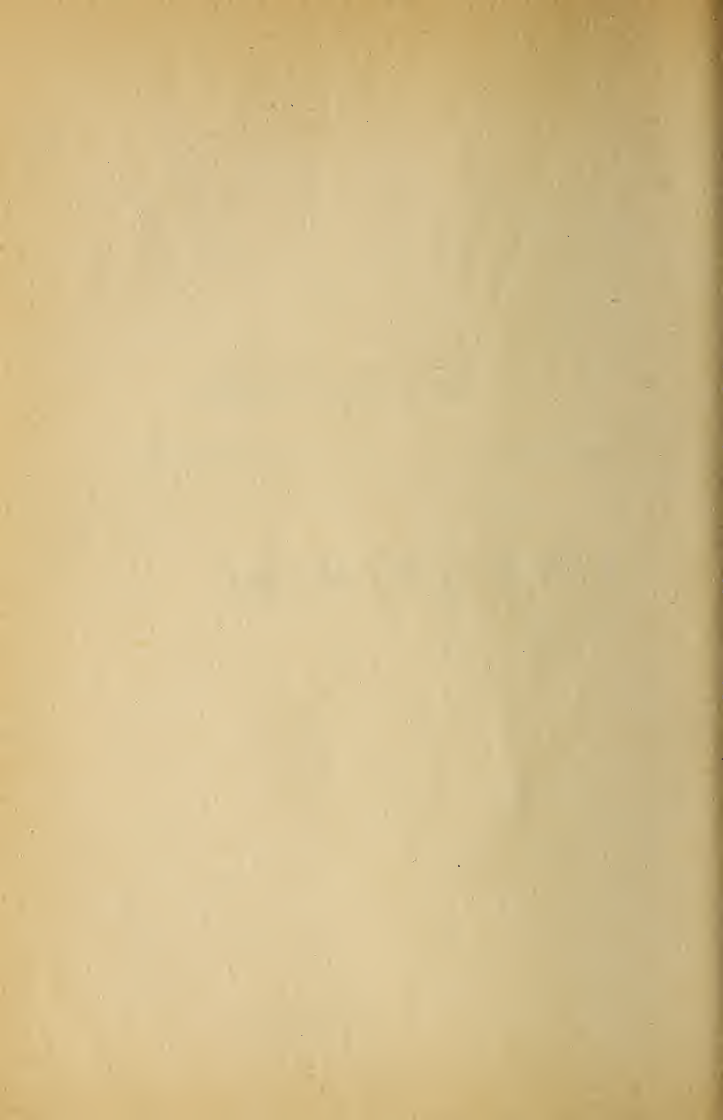


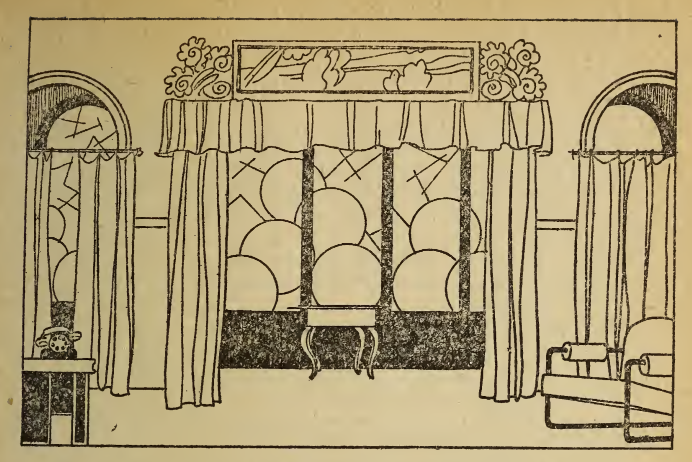
AÑO VII || 14 DE ENERO DE 1933 || NÚM. 279
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Doña Elena..........................	María Bru.
Susana..........................	Eloísa Muro.
Carmela Luján..........................	Julia Lajos.
Marta..........................	Isabel Garcés.
Genoveva..........................	Concha Ruiz.
María..........................	Adela Santaularia.
Juanita..........................	María Paz Molinero.
Nicolás..........................	Alfonso Tudela.
Saturnino..........................	José Isbert.
Totó..........................	José Soria.
Bebé..........................	Jesús Valero.

ACTO PRIMERO





Gabinete de una casa, en Madrid. Elegante, sin riqueza. Es el hogar de la viuda del general Reales: ELENA y sus cuatro hijos, tres muchachas y TOTO. El nene. Decorado único. Por la tarde. La escena sola. Entra Totó.

TOTO.—(*Llamando.*) ¡Juanita! ¡Juanita!

JUANITA.—¿Señor?

TOTO.—Llama en seguida a mi madre. ¿Dónde está mi madre? ¿Qué es lo que hace mi madre? Que venga en seguida a examinarme la corbata. ¿Qué es esto, vamos a ver? (*Saca la corbata, muy verde.*)

JUANITA.—Una corbata.

TOTO.—No, señor: una cola de lagarto. Con una corbata así me rechazan todas las mujeres.

JUANITA.—¿Todas? ¿Hasta la señorita Chichita?

TOTO.—¿Eh? ¿Qué sabes tú?

JUANITA.—Perdóneme el señorito. Es que a una le da pena que siendo el señorito tan agradable y tan bien portado...

TOTO.—Muchas gracias.

JUANITA.—Quieran casarlo con una vieja que, encima de caerse de vieja, todavía la llaman la señorita Chichita, que es lo que más rabia me da.

TOTO.—Bien. A ti poco puede importarte.

JUANITA.—¡Ay, no! No lo crea el señorito. Una no puede ver con buenos ojos cierta clase de atropellos. La juventud tiene sus derechos. ¡Y el señorito es tan joven!

TOTO.—Oye, no te metas conmigo, que llamo a mi madre. Señores, yo no sé lo que me pasa. En cuanto me quedo solo con una mujer ya empiezan los piropos. Y es que lastimo, no cabe duda.

JUANITA.—Sí, señorito; eso es verdad. Ayer hemos tenido una reunión para hablar de los derechos políticos del servicio doméstico y todas hemos quedado de acuerdo: lo de castigar ya no se usa. Ahora el castigar es más suave: es sólo lastimar. Y el señorito lastima.

TOTO.—Sí. Soy un lastimador, ya lo sé.

JUANITA.—¿Cuándo va a tener el señorito dos minutos para charlar conmigo?

TOTO.—Cuidado, no te acerques, haz el favor. ¡Ah, y a propósito!, mucho ojo en los pasillos cuando pasas a mi lado. A ver si eres la quinta criada que hemos tenido que echar en el año.

JUANITA.—¡Señorito, por Dios!

TOTO.—Aguantarse, hija mía, aguantarse. ¿Tú crees que yo no lo paso mal en la vida? Ahí tienes: delante de una chica guapa como tú y, sin embargo, firme. A dieta.

JUANITA.—Sí, ya sé que el señorito es como esos ases del fútbol, que los reservan en su casa nada más que para el partido final. Y esta vez el partido final tiene sesenta años, los dientes postizos y una nalga de corcho.

TOTO.—Pues ya ves, ya ves si hace falta ir íntegro a un partido así. Conque ya lo sabes: de chicas guapas estoy a régimen. Y como vuelvas a propasarte en lo más mínimo, voy y se lo cuento a mamá.

JUANITA.—Perdone el señorito. No volverá a suceder, se lo prometo. (*Mutis.*)

TOTO.—¡Pobrecita! Es que lastimo, ya lo sé. ¡Y con lo que a mí me gusta esta monada!

ELENA.—(*Entrando.*) ¡Totó! ¡Totó!... Esa chica va muy colorada... ¿Qué pasa, hijo mío? ¿Te ha pellizcado?

TOTO.—Mamá, no digas tonterías.

ELENA.—¡Ay, nene, no me engañes! Contigo no puede una estar tranquila ni un momento. Y estas chicas son unas descaradas, que en seguida quieren abusar.

TOTO.—Mamá, no exageres.

ELENA.—No, Totó, no exagero. Ya sabes que tenemos nuestro porvenir en tus manos. Nuestra felicidad depende de ti, hijo mío.

Por eso, toda muchachita joven es un peligro. Como te aficiones a alguna se acabó tu boda con la vieja, estoy segura.

TOTO.—No tengas miedo.

ELENA.—¿Que no lo tenga? Yo sé bastante de estas cosas. Así que hasta que no te cases, ni una. Luego ya puedes hacer lo que quieras. Pero hasta esa boda yo debo velar por ti.

TOTO.—Bien, mamá, bien. Ya sé el programa. Lucir, pasear, estrenar trajes, camisas, corbatas, conocer a todo el mundo, ir a todas partes y casarme con la que tenga más dinero... Y la que tiene más dinero es Chichita, una vieja tilín. Pero hablando claro, un loro. Tiene postiza hasta la muela de juicio. Ayer, en el Ritz, le dió tos y echó un diente.

ELENA.—Bueno, no te importe. Si es un loro, en el viaje de novios le das perejil. El perejil no está previsto por la ley, de modo que la eliminas sin complicaciones.

TOTO.—¡Qué horror! ¿Y tú crees que un hijo del general Reales se cotiza a precios extraordinarios?

ELENA.—Mira, nene, haz el favor de no pensar por tu cuenta. Te he prohibido que tengas ideas. Tu padre, el general Reales, también tenía muchas ideas. y así nos fué. Muchos reales, pero todos en el apellido. Y si yo no hubiera sido una mujer de cuerpo entero, a su muerte no sé qué hubiera sido de esta casa. Viuda y con cuatro hijos... Tres hijas y el nene.

TOTO.—Yo quisiera valer mucho, mamá; te lo aseguro. Para trabajar, para sostener la casa...

ELENA.—Silencio; tú no vales para nada. Es decir, sí. Para eso que has dicho antes: para lucir, pasear, estrenar trajes... Para eso sí vales. Y no creas, que ya es algo. Cada uno tenemos nuestra especialidad, nuestro matiz. Pues hay que buscar el matiz para explotarlo. Si te hubieras dedicado a arquitecto, no hubieras hecho ni una casa; si hubieras sido abogado, no habrías tenido ni un pleito, y si hubieras sido médico, habrías matado a medio mundo. Pero, en cambio, así... ¿quién te achica paseando en las carreras de caballos, vestido estupendamente?

TOTO.—¡Ah, nadie, desde luego!

ELENA.—Pues ya lo ves. Y ésa es una carrera como otra cualquiera.

TOTO.—Cuál, ¿la de caballos?

ELENA.—No me hagas chistes. La de lucir, la de triunfar... ¿Qué más puede pedir una madre que su hijo sea el primero en algo? Yo no soy una madre vulgar. Yo he comprendido perfectamente que todos los caminos llevan a Roma.

TOTO.—¡Sí, pero hay que ver cómo está Roma, mamá! ¡Claro! ¡De la época de los romanos! Porque mi futura es una señora que se le ve el Foro Romano y el Foro Trajano. Y el Coliseo; hay que ver cómo tiene el Coliseo!

ELENA.—¡Niño! ¡Más respeto! Y ven acá que te vea. A ver cómo vas esta tarde... A ver...

TOTO.—Mírame... Lastimo... Dicen que lastimo, que es lo que se hace ahora...

ELENA.—Es verdad. Estás delicioso. Eres mi nene. No te falta detalle.

TOTO.—Sí, me falta. La corbata, que es una birria.

ELENA.—Lagarto. ¿No se lleva el lagarto?

TOTO.—¡Qué se va a llevar! Dame cinco duros para una nueva.

ELENA.—Nene, que estamos a fin de mes.

TOTO.—¿Ah, no me los das? Perfectamente. ¿No quedamos en que mi elegancia era un artículo de primera necesidad?

ELENA.—Sí, tienes razón, Totó. Espera. (*Llamando.*) ¡Juanita!

JUANITA.—¡Señora!

ELENA.—¿Dónde está la señorita María?

JUANITA.—En su cuarto.

ELENA.—¿Qué hace?

JUANITA.—Estudiando, señora.

ELENA.—Dile que venga. (*Mutis Juanita.*) Sí, hijo mío, tú llegarás.

MARIA.—(*Entrando.*) ¿Qué quieres, mamá?

ELENA.—Tu hermano va al Palace y necesita una corbata. Dale cinco duros.

MARIA.—Pues lo siento. Tengo la hucha vacía.

ELENA.—¿Qué dices? ¿Que no tienes dinero?

MARIA.—Nada. He ido esta mañana al periódico, pero no me han pagado el último artículo.

ELENA.—¿Qué artículo? ¿Cómo se llamaba?

MARIA.—"Mujeres, no os mezcléis en la vida pública. Dejad al hombre lo que es del hombre. Sed mujeres nada más. Vuestro trono es el hogar."

ELENA.—¡Qué barbaridad! Con un título tan largo, ¿cómo te van a pagar?

TOTO.—Esta es así. El título es muy grande y el artículo muy chico. El día que tenga un hijo va a salir un cabezón.

MARIA.—No te enfades. Mañana me pagan, seguro. La compras mañana y hoy te pones otra.

TOTO.—¡Sí, como que puedo yo repetir una corbata más de tres

días! El descrédito. Luego lo notan y se baja tres o cuatro puntos la cotización.

ELENA.—No, eso no puede ser. Espera. ¡Juanita!...

JUANITA.—(*Entrando.*) ¡Señora!

ELENA.—¿Dónde está la señorita Marta?

JUANITA.—En su cuarto.

ELENA.—¿Qué hace?

JUANITA.—Trabajando, señora.

ELENA.—Dile que venga. (*Mutis Juanita.*) No te apures, Totó. Todo se arreglará.

MARTA.—(*Entrando.*) ¿Me llamabas?

ELENA.—Sí, hija mía. Cinco duros para una corbata a tu hermano.

MARTA.—Haberlo dicho antes. Tengo que ir al Círculo a cobrar.

ELENA.—¿Y por qué no has ido? ¿Qué estabas haciendo?

MARTA.—Estaba redactando la conferencia, mamá.

TOTO.—¿Qué conferencia?

MARTA.—¡Ah!, ¿pero ahora te enteras? Esa que tengo que dar mañana a las muchachas rojas del Escorial. Mamá se empeña en que la dé, pero me parece que a la que le van a dar va a ser a mí.

TOTO.—¿Por qué? ¿Cuál es el tema?

MARTA.—"Mujeres, intervenid en los destinos de la patria. Abandonad vuestros hogares. ¡El hogar futuro está en la calle!"

TOTO.—¡Qué barbaridad! ¡Qué disparates!

MARTA.—Toma, ya lo sé que son disparates. Pero cuéntaselo a mamá, que es la que me obliga.

ELENA.—Silencio, niña. Tú pronunciarás todos los discursos que quiera tu madre.

TOTO.—Pero, mamá... ¿Tienes esas ideas?

ELENA.—¡Yo qué voy a tener! Lo que pasa es que miro por mis hijos, y a ésta le estoy preparando un porvenir político. Sí, hija mía, tú déjate guiar. Y a decir muchas barbaridades, que más tarde o más temprano dan su fruto.

MARTA.—Sí, lo dará si no me matan antes. Porque un día, en algún pueblo, me van a dar una pedrada que me van a quitar las ideas de golpe.

ELENA.—¡Calla, pusilánime! Así no se va a ninguna parte. Piensa que eres una futura madre de la patria. Hay que dar la cara.

MARTA.—No, si la doy. Lo malo es que un día la voy a dar y se van a quedar con ella.

MARIA.—Y mientras, yo a escribir esos artículos que son el polo opuesto, ¿verdad?

Elena.—Eso es: tú todo lo contrario. Tú, muy cursi, muy relamida, defensora de la tradición, señorita a la antigua... Y muy rosa, sobre todo muy rosa... Esos artículos te harán un público, estoy segura.

Maria.—Pero si yo no soy tan tonta, Dios mío, como esas cosas que escribo.

Elena.—No importa. Aunque no lo seas, hay que parecerlo. ¿No comprendéis? Hay que extender el radio de acción en todos los sectores. Una, de gran avanzada, diciendo muchas atrocidades; la otra, muy a la antigua, muy cursi. Hacerme caso, hijas mías, que el mundo está muy malo y no se sabe hacia dónde va a tirar. Por eso hay que precaverse: una hacia un lado y otra hacia otro. Así, vengan los blancos o vengan los negros, todo quedará en casa.

Toto.—¡Magnífico! ¿Y qué va a decir la gente de ideas tan contrarias en dos hermanas? ¿Sustentadas por el mismo apellido?

Marta.—Eso es. Marta Reales y María Reales.

Elena.—Callar, dejarme a mí. Eso no perjudica. Al contrario, favorece. Dos hermanas: Marta y María. La buena y la mala. Y la gente comenta y se divide en dos bandos. Y las señoras del Liceum pensarán: "¡Hay que ver! Esa muchacha, tan empapada de Lenin, ¿cómo podrá soportar la ñoñez de su hermana?" Y las damas catequistas exclamarán: "¡Por Santa Mónica bendita, el infierno que será aquella casa!" ¿No comprendéis? Y a mí me tienen sin cuidado las del Liceum y las catequistas. A mí lo que me importa es que el general Reales se fué al otro mundo dejándome cuatro reales nada más, pero no en cuproníquel, ¡sino en cuatro hijos! Y yo, que no soy tonta, me he percatado que a la mujer no le queda más que un horizonte sin explotar: el político. Dejarme a mí, dejarme a mí, que me parece que para la política demuestro que tengo condiciones.

Toto.—¡Qué barbaridad! Yo no entiendo de estas cosas. ¡No estoy de acuerdo, no estoy de acuerdo!

Elena.—Niño, a callar y a pensar en tus corbatas, que esa es tu obligación. Aquí todos cumplimos con nuestra obligación, y tú el primero.

Toto.—Bueno, pues ésta no me sirve. A ver quién me compra una nueva.

Elena.—Espera. No te creas que me vas a asustar. ¡Juanita!

Juanita.—¿Señora?

Elena.—¿Dónde está la señorita Susana?

Juanita.—En su cuarto.

Elena.—¿Qué hace?

JUANITA.—Trabajando, señora.

ELENA.—Dile que venga. (*Mutis Juanita.*)

MARIA.—¿Qué te parece, hija mía?

MARTA.—Nada, querida; que seremos madres de la patria, no te preocupes.

SUSANA.—(*Entrando.*) ¿Qué pasa?

ELENA.—Tu hermano necesita una corbata.

SUSANA.—¿Cuánto?

TOTO.—Cinco duros.

SUSANA.—Pues hijo, no las habrá más caras.

TOTO.—¡Ah, pues no me los des! Yo lo hago por elegancia; pero a mí me da igual. Vosotras veréis.

ELENA.—¡Susana, dáselos!

SUSANA.—Claro que se los doy, ¡no faltaba más! ¿Y qué es eso de que a ti te da igual? A ti no puede darte igual, porque esa es tu misión. Estaría bonito que encima de estar trabajando tus hermanas tú no fueras el más elegante de Madrid. ¿Es ese el modo de pagar nuestro sacrificio?

TOTO.—No te enfades, Susana. Haré todo lo que pueda.

SUSANA.—¿A dónde vas esta tarde?

TOTO.—Al Palace.

SUSANA.—¿Va a ir ella, naturalmente?

TOTO.—Naturalmente.

SUSANA.—A ver cómo vas. ¿Esos son los zapatos ingleses?

TOTO.—Sí.

SUSANA.—¿Y los calcetines?

TOTO.—Entonan de color. Mira.

SUSANA.—Muy bien. ¿Te has perfumado?

TOTO.—Huéleme.

SUSANA.—Perfectamente; toma, que sea bonita la corbata. (*Le da el dinero.*)

ELENA.—Y a ver si te decides, nene. Me parece que es hora de declararse.

TOTO.—Todavía es pronto, mamá.

SUSANA.—No es pronto; ella está por ti, lo sabe todo el mundo. Lo que pasa es que es vieja y teme al ridículo. Ahora eres tú el que debes apretar.

TOTO.—Pues yo la aprieto todo lo que puedo. Pero no está a punto, os lo digo yo. ¿Qué queréis, que me decida para que me dé el patinazo? Señor, esperar un poco, que en unos días la maduro.

SUSANA.—Bien, bien. Tú sabrás.

MARIA.—¡Qué escándalo¡ ¡Obligar al chico a que se case con las ruinas de Pompeya!

ELENA.—¡Niña!

SUSANA.—Ya salió la romántica. ¿Y tú no te sacrificas por él? ¿Escribes por gusto tanta tontería como pones en tus artículos? ¿Y ésta no trabaja en lo suyo, exponiéndose a que un día le corten la propaganda roja de una pedrada?

MARTA.—Sí, señor; eso es verdad.

SUSANA.—¿O crees que lo hace por amor al arte y que es una emisaria de los soviets? Y yo, ¿no trabajo ocho horas en mi tienda de esmaltes, vendiendo por diez lo que me cuesta cuatro y engañando lo que puedo y sacándole el dinero a la gente? ¡Vamos, hombre! Aquí cada uno cumple con su deber.

MARIA.—¿Sí? Pues más valdría que lo cumpliéramos de otro modo: como Dios manda. Trabajando el hombre para llevarnos a nosotras elegantes, y no al revés.

SUSANA.—¿Pero qué dices, desgraciada? ¿Qué dices? ¿Todavía no has entendido? Explícaselo, mamá; haz el favor.

ELENA.—Mira, niña, el mundo ha dado más vueltas de las que tú te figuras. Y es como el disco de la risa: que o das vuelta con él o te despide a gran distancia. Han cambiado mucho los tiempos. No te extrañe que la vida haya cambiado de postura. ¿Qué querías? Viuda, con cuatro hijos: el niño, a estudiar una carrera, y las niñas, las tres juntas, a la calle de Alcalá todas las mañanas, que por ser tres y llamarme yo Elena ya tenéis el mote. Y paseo arriba y paseo abajo, a esperar el novio que no llega nunca, mientras el chico todas las primaveras me trae su buena cosecha de calabazas. No, hija, no; al revés: ¡vosotras, a trabajar, y a él, a casarlo! Hoy un chico guapo tiene un gran porvenir, y a éste se le puede sacar partido. ¡Pues no! ¡Se casa con las ruinas de Pompeya, y a ver en qué carrera va a ganar esas oposiciones! Y vosotras, a la lucha por la vida, que yo os ayudaré. La más lista, al comercio, y vosotras, más tontas, a la política, que es más fácil.

SUSANA.—Sí, señor. ¡Y quién sabe, quién sabe lo que os reserva el destino! A lo mejor, a ti, que protestas, un día te hacen ministro y estabilizas la peseta.

ELENA.—Sin bromas. El mundo está en crisis. No hay dinero en ninguna parte. Y el que no sabe ganar nada se ahoga. Yo me entiendo. ¡Hay que ingeniarse para vivir!

MARIA.—¡Muy bien! ¡Entonces se acabó el romanticismo, se

acabaron los ideales color de rosa! ¡Se acabaron los sueños dorados! ¡Muchachas, a luchar por la vida!

ELENA.—(*A Marta.*) Apunta, apunta tú lo que va diciendo, que eso es un artículo. No hay que desperdiciar la imaginación, que luego lo cobramos a diez duros. Sigue, hija mía, sigue. Indígnate.

MARIA.—¡No tengo ganas! ¡Se acabó!

SUSANA.—¿Pues qué crees, ilusa? ¿Que estamos en los tiempos en que un príncipe va a venir cargado de oro a pedir tu mano?

MARIA.—¡Sí, señor! ¡Un príncipe!

TOTO.—¿El de Gales?

MARIA.—No, señor: ¡el príncipe del betún!

ELENA.—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Tu primo Nicolás?

MARIA.—¡Nicolás, con todos sus millones! No a pedir mi mano, no... Pero sí a ayudarnos a salir adelante...

SUSANA.—¡Estás loca! ¡Nicolás no se molesta por nadie! ¿Por qué dices eso?

MARIA.—Dilo tú, Marta.

MARTA.—Pues sí, porque le hemos escrito. Le hemos pedido que haga un viaje a Madrid, y ya que es rico, y sin obligaciones, que haga algo por nosotras.

TOTO.—¿Y os ha contestado?

MARTA.—Sí, hace cuatro meses, y nos ha prometido que algún día vendrá.

SUSANA.—¡Algún día! ¡Como en los cuentos!

TOTO.—No os hagáis ilusiones. A ése no le vemos el pelo.

ELENA.—¡Valiente egoísta! Cuando murió tu padre, ¿hizo algo por nosotros?

MARIA.—¡Quién sabe! ¡Esperar, esperar!

SUSANA.—Sí, esperar a que llegue el príncipe. Pero ya ves lo que son los tiempos: para ser príncipe, ¡hay que serlo del betún!

TOTO.—Nicolás Pérez. ¡Pérez, vaya un apellido principesco!

MARTA.—Oye. Es Pérez y Pérez.

TOTO.—Pues para repetirlo no valía la pena.

SUSANA.—Bueno, ya está bien. A vivir la realidad, ¡que no estamos en las mil y una noches! ¡Nicolás prestando ayuda a nadie! ¡Esto es cómico!

MARIA.—Sí, reíros, pero yo sé que vendrá. ¿Y queréis saber cuándo? ¡Vendrá hoy! Yo lo sé.

TODOS.—¿Qué dices?

MARIA.—¡Me lo ha avisado el corazón!

ELENA.—¡El corazón! ¡Vaya un aviso de antiguo régimen!

JUANITA.—(*Entrando.*) Señora... La señora de Retamar acaba de llegar. La he pasado a la sala.

ELENA.—¿Eh?

TOTO.—¡Dios santo! ¡Mi futura!

JUANITA.—Me ha preguntado por la señora.

TOTO.—¡Ay, esto es que viene a pedirme!

ELENA.—¿En la sala, con las corrientes de aire que hay? ¿No sabes que es la habitación de las pulmonías?

JUANITA.—Sí, señora, sí lo sabía. Pero al entrar me preguntó también si estaba el señorito Totó, y entonces no me acordé y la metí en la sala.

TOTO.—(*Aparte.*) (¡Ay, esta chica! ¡A ésta me la llevo yo cuando me case!)

SUSANA.—En seguida, que pase aquí.

ELENA.—Que pase. ¿No oyes? (*Mutis Juanita.*) Hijo mío, esta visita es providencial, porque este asunto hay que aligerarlo. Si no está madura te la maduraré yo.

TOTO.—Cuidado, cuidado, mamá, no te pases.

GENOVEVA.—(*Entrando.*) ¡Querida Elenita!

ELENA.—¡Genoveva de mi alma!

GENOVEVA.—¡Hola, chicas! ¿Cómo estáis? ¿Qué tal, Totó?

TOTO.—¡Hola, Chichita!

SUSANA.—¿Chichita? ¿Qué es eso?

GENOVEVA.—¡Ay, callar, no me avergoncéis! Una broma de los muchachos. El otro día, que íbamos en "auto" a Fuentelarreina, y se empeñaron en bautizarme de nuevo con champagne. ¡Más divertido! A la vuelta veníamos todos alegres... ¿Te acuerdas, Totó? Faltaba un asiento en el coche, y todos empeñados en tirarme por la ventanilla. Y a poco me tiran. ¡Qué estupendo!

TOTO.—¡Delicioso!

ELENA.—(¡Dios mío! Van a matarla antes de tiempo.)

MARTA.—De modo que Chichita.

GENOVEVA.—Sí, hija mía, desde aquella tarde, Chichita. ¡Una vergüenza, un nombre así, con mis años!

SUSANA.—¿Con tus años? ¿Quieres que te regalen el oído?

GENOVEVA.—Gracias, querida. (*Estornuda.*) ¡Achist!... ¡Achist!...

TODOS.—¿Qué es eso?

GENOVEVA.—Nada, la salita, que estaba un poco destemplada.

TOTO.—(*Aparte.*) (¡Ya la cogió, ya la cogió!)

ELENA.—¿Quieres una copita de ron?

GENOVEVA.—¡Qué tontería, si no es nada! Venía por vosotras, para llevaros al Palace.

SUSANA.—¿Por nosotras?

MARIA.—¿Qué dices, Chichita? ¡Imposible!

GENOVEVA.—¿Por qué no?

MARTA.—Tenemos que trabajar; para nosotras no hay fiestas.

GENOVEVA.—¡Oh, qué horror! ¡Trabajar unas chicas como vosotras! ¿Es verdad, Elena?

ELENA.—Sí, hija mía, es verdad. ¡Estas muchachas son así, ¡qué le vamos a hacer! Se matan a trabajar, toman la vida demasiado en serio. Y cuidado que yo les digo: "Hijas mías, las mujeres, en sus casas, en sus diversiones; dejad al hombre lo que es del hombre. ¿Es que las muchachas deben luchar por la vida? Entonces se acabó el romanticismo, se acabaron los ideales color de rosa, se acabaron los sueños dorados."

TOTO.—(*Aparte.*) (El artículo de mañana. Se lo está colando entero.)

ELENA.—Pero nada, querida. Ellas no hacen caso. ¡Ah, si levantara la cabeza el general Reales!

GENOVEVA.—No te aflijas, Elena. Cada uno debe seguir su voca ción, su camino. Era lo que decía mi padre, en contra de mi madre, que quería que yo fuera monja a la fuerza. ¡Figuraos, yo monja! ¡Con los peligros tan agradables que tiene el mundo! Que son como microbios, que una entra en un sitio, y de repente se atrapa cualquier cosa. ¡Achist!

TOTO.—Es verdad. Se atrapa.

GENOVEVA.—¿Entonces no venís?

SUSANA.—Imposible. Tengo que revisar las cuentas del mes.

MARIA.—Y yo, redactar un artículo para mañana.

MARTA.—Y yo, una conferencia.

ELENA.—¿Tú oyes, querida? ¡Qué espanto! ¿Esto es un hogar? ¡Esto es un ateneo!

TOTO.—Lo siento, Chichita. Vas a tener que aceptarme a mí...

GENOVEVA.—Por Dios, Totó, no te molestes.

TOTO.—¿Molestia? Al contrario.

GENOVEVA.—¡Y siempre acompañándome! Mira que la gente es muy mal pensada.

TOTO.—¡Qué absurdo! ¡Dos amigos como tú y yo! ¿Has traído el coche?

GENOVEVA.—Uno nuevo. Un Rolls, un modesto Rolls. No creas, no tiene importancia.

TOTO.—(*Aparte.*) ¡(Ay, Dios mío, me mareo!)

GENOVEVA.—Y el chófer también es nuevo. Pero estoy aterrada de lo que me han dicho. Que su especialidad son las vueltas de campana. Con una particularidad verdaderamente macabra: que mata a quien lleva dentro, y el coche lo deja intacto.

TOTO.—(*Aparte.*) (¡Mi madre! ¡Ese es el mío!)

SUSANA.—Bueno, Chichita, que os divirtáis. Para vosotros es la vida.

GENOVEVA.—¿Y para ti no? Porque no quieres. Mira, esta tarde, por ejemplo, estamos citados en el Palace un grupo de veinte o treinta. Todos chicos y chicas. ¡Y si vieras! No creas que paso desapercibida, al contrario. La han tomado conmigo. Me hacen perrerías, verdaderas perrerías. ¡Encantada!

MARIA.—Tú, siempre con la juventud. Es tu elemento.

GENOVEVA.—Sí, y sé que me lo critican; pero no importa.

ELENA.—¿Criticar, por qué?

GENOVEVA.—Porque no es natural vivir como si se tuviera veinte años, cuando ya... ¿cómo diría yo para que resultara elegante?..., cuando ya se frisa en el medio siglo...

ELENA.—¿Eh? ¿Que tú frisas, querida...?

GENOVEVA.—Sí, hija, sí, friso. Y, sin embargo, podéis creerme: soy una chiquilla. ¿Queréis saber el secreto? Este secreto mío, que no digo a nadie... Pero a vosotras sí. Vosotras sois algo más que simples amigos.

ELENA.—¿Verdad, Genoveva?

GENOVEVA.—Algo más.

MARIA.—(*Aparte.*) (Más claro, agua.)

TOTO.—(*Idem.*) (Esta viene por mí.)

MARTA.—¿Y cuál es el secreto?

GENOVEVA.—Escuchadme. Hace tres años estaba yo en Londres y caí mala de una enfermedad sin importancia. Me analizaron la sangre. Y cuál no sería mi asombro cuando me entero que el Laboratorio había mandado llamar en seguida a una eminencia médica, que a los pocos días se presenta a visitarme. Resultaba que mi sangre no era normal. Era un líquido superhumano. Me preguntaron a qué edad había muerto mi padre. Mi padre, a los noventa y dos años. ¿Y mi madre? Pues mi madre, a los ciento cinco, me parece. Entonces aquel hombre, el mejor médico de Inglaterra, me tendió la mano y me dijo: "Señora, usted es un caso especial, maravilloso. Usted batirá todos los récords. ¡Qué lástima que no sea usted inglesa!" "Pero ¿cuánto viviré, doctor?" "No sé: ciento cincuenta, ciento ochenta... Acaso sea usted el síntoma de una raza

nueva." ¿Comprendéis ahora por qué, a pesar de mis... cincuenta, soy lo que se dice una chiquilla?

TOTO.—¡Ay, Dios mío, yo me muero, yo me muero!...

MARIA.—¡Totó, por Dios!

ELENA.—¡Valor, hijo mío!

TOTO.—¡Yo me muero!

ELENA.—(Totó, disimula, por Dios!)

GENOVEVA.—¿Comprendéis ahora? Por eso la gente me cree una vieja ridícula, y en realidad es ahora cuando empiezo a asomarme al mundo... Y me siento florecer, y todo lo veo color de rosa...

ELENA.—¡Totó, disimula, por Dios!

TOTO.—¡Las vueltas de campana, no hay más remedio!

SUSANA.—Maravilloso. Quiere decir que si yo tengo veinticinco años y estoy en la tercera parte de mi vida, tú tienes cincuenta, y hasta los ciento ochenta, por ejemplo...

GENOVEVA.—Estoy en los diez y ocho. Palabra, con un lápiz y un papel salgo en los diez y ocho justos. Dos o tres años menos que Totó. ¿Verdad, Totó? Hacemos pareja. Por eso vamos a bailar juntos. Somos los ases del tango. Muchas veces en el Palace dejan de bailar para admirarnos. Hay que ver cómo bailamos "Mire si no es pa suicidarse".

TOTO.—¡Ese sí que lo bailamos bien!

JUANITA.—(*Entrando.*) Señorita... Preguntan del periódico si van a enviar el artículo.

MARIA.—En seguida. Adiós, Chichita, tengo que trabajar.

MARTA.—Y yo. Que os divirtáis mucho.

GENOVEVA.—Adiós, chicas, adiós. Y no le contéis a nadie mi secreto. ¡La gente es tan burlona!

MARTA.—Descuida. (*Se besan y mutis las dos.*)

ELENA.—Hoy te declaras.

TOTO.—No está madura, no está madura.

ELENA.—¡Sí lo está!

TOTO.—Te digo que no. Tantéala y verás.

ELENA.—Bien. La voy a tantear.

TOTO.—Con tu permiso, Chichita. Voy a cambiarme de corbata. Iba a la camisería; pero por no hacerte esperar, me pondré una cualquiera.

GENOVEVA.—No tardes, no tardes.

SUSANA.—Yo también te dejo. Estoy con mis cuentas.

GENOVEVA.—¿Qué tal tu tienda?

SUSANA.—Encantada. Cada vez mejor. Decididamente sirvo para el comercio.

GENOVEVA.—Enhorabuena. Lo importante es servir para algo. ¡Ah, yo no sirvo para nada! ¡Tomo la vida infantilmente, como una travesura!

SUSANA.—No te preocupes. Ya sentarás la cabeza; tienes tiempo de sobra.

GENOVEVA.—Eso sí. Adiós, Susana.

SUSANA.—Adiós, Chichita. (*Mutis.*)

GENOVEVA.—¿Qué dirás de mí, Elena? Siempre abusando de tu hijo...

ELENA.—¿Quieres callar? Hacéis una pareja deliciosa.

GENOVEVA.—No, eso no. Por muy tonta que sea yo, comprendo lo ridículo que resulta para mí que me acompañe siempre tu hijo. ¿De verdad no te molesta?

ELENA.—¡Qué cosas dices! Al contrario. ¿Quieres que te sea sincera?... Sería muy agradable para mí que algún día nos dierais una sorpresa...

GENOVEVA.—¡Oh, calla, calla! No me avergüences, Elena. ¿Qué pensaría el mundo, qué diría la gente? De mí, que era una vieja ligerita de cascos, y de él, que se casaba con vistas al entierro... Sí, hija, sí, lo dirían. ¡Figúrate qué espanto y qué error más grande! ¡Con el plazo que me queda por delante!

ELENA.—No hagas caso. ¡Hay que despreciar las habladurías del mundo! Pero no quiero aconsejarte. Esto es muy delicado. En realidad, tú eres un caso especial.

GENOVEVA.—¿Verdad?

ELENA.—Claro. Tú te sientes joven.

GENOVEVA.—Como una adolescente.

ELENA.—Y sabiendo lo que vas a vivir, tú no puedes unirte a una persona de tu misma edad que muera dejándote sola a los ochenta o noventa, en plena madurez... Tú necesitas alguien extraordinariamente más joven que tú... ¿No es eso?... En fin, no quiero aconsejar... El caso es tan especial..., tan delicado...

GENOVEVA.—¡Ay, Elena! ¿Tú crees que tu hijo?...

ELENA.—Yo no creo nada... No puedo asegurarte nada... Sólo sé que cuando llega a casa dice entusiasmado: "He tangueado con Chichita". ¡Le eres tan simpática!

GENOVEVA.—Eso sí. Sin embargo, no está maduro. Hazme un favor, Elena. Tantéamelo.

TOTO.—(*Entrando.*) Listo. ¿Vamos, Chichita?

GENOVEVA.—Vamos, querida.

TOTO.—¿Qué tangos prefieres hoy?

GENOVEVA.—Tú tienes la palabra.

TOTO.—"Novia, no tengo dinero" o "Trae pa acá el portamonedas".

GENOVEVA.—No, algo más romántico.

TOTO.—Ya está. "Viejita, que se te ve la manteca".

GENOVEVA.—Ese, sí.

ELENA.—(*Aparte a Totó.*) (¡Ya está, ya está!)

TOTO.—¿Va madura?

ELENA.—(¡Va pocha!)

GENOVEVA.—Adiós, Elena.

ELENA.—Adiós, hijitos, divertirse. (*Mutis los dos.*)

MARIA.—(*Saliendo.*) ¡Magnífico!

MARTA.—(*Idem.*) ¡Estupendo!

SUSANA.—(*Idem.*) ¡De primera!

ELENA.—¿No lo decía yo? ¡Este chico tiene un gran porvenir!

MARIA.—¡Pero a ver qué va a ser eso de los años! Que lo ha dicho un médico inglés.

ELENA.—¿Pues qué va a ser, hija mía? ¡Que le han tomado el pelo en el idioma de Shakespeare! No preocuparse; esto es cosa hecha. Ahora, a lo nuestro. ¿Tienes el artículo?

MARIA.—No sé qué decir, mamá. Estoy hecha un lío.

ELENA.—¿Cómo que no? Ahora verás. Coges un lápiz y un papel, y a empezar. Yo te ayudo. Tú tampoco tienes la conferencia, ¿verdad?

MARTA.—Tampoco. No sé qué me pasa. No tengo ni una idea.

ELENA.—Bien, coge una cuartilla. Fíjate lo que va a escribir ésta. Tú no tienes más que llevarle la contraria. ¿Comprendido? Donde ella diga sí, tú dices no.

MARTA.—De acuerdo.

ELENA.—Tú...

SUSANA.—Yo, con mis números, que son más serios. (*Se sientan las tres.*)

ELENA.—(*Paseando.*) Empieza: "Debemos marchar."

MARIA.—¿Adónde?

ELENA.—¡Es el título, tonta! Escribe. "El mundo está en crisis. No es un país ni dos, es la tierra que tiembla. El edificio de nuestra civilización amenaza ruina. Y es que hemos socavado los cimientos más firmes de la vida humana. Volvamos los ojos a los horizontes viejos." Tú..., al revés.

MARTA.—Ya. Yo los vuelvo hacia los nuevos.

ELENA.—"Hay que edificar. Edifiquemos nuestras almas con la experiencia del pasado. Edifiquemos." Tú destruye. "La experiencia es la enseñanza de los siglos."

MARTA.—"La experiencia no sirve para nada."

ELENA.—Exacto. "Hay que encender el fuego purificador. Incendiemos el mundo."

MARIA.—¡Mamá, eso no pega!

ELENA.—¡Si ahora es a ella, tonta!

MARIA.—Y si ella enciende, ¿yo qué hago?

ELENA.—¡Tú lo apagas!

MARTA.—Cuidado, mamá... A ver lo que escribe, que ésa es capaz de estar llamando a los bomberos...

SUSANA.—Trescientas veinte pesetas de pintura azul, cuatrocientas de roja, dos duros diarios de mano de obra...

ELENA.—Sigue: "Todo está desquiciado. Las costumbres son absurdas. El mundo al revés..."

SUSANA.—Dos duros diarios de mano de obra...

ELENA.—"¿Queréis que os cite un ejemplo? Un hogar donde tres muchachas trabajan y el único varón de la casa es dedicado al matrimonio. ¡Oh costumbres! ¡Oh tiempos! Contrista el ánimo pensar que existen casos así. Esas madres..., ¿en qué piensan?"

MARIA.—"¿En qué piensan? Las muchachas, a luchar por la vida... Se acabaron los bellos sueños... Las bellas ilusiones se marchitan como en los cuentos de hadas..."

ELENA.—Así, así... Esta ya marcha sola.

MARTA.—Es verdad. (*Escribiendo.*) "Las bellas ilusiones se marchitan como en los cuentos de hadas."

ELENA.—¡Oye, niña! ¡Que te estás pasando al enemigo! Tacha eso. "El trabajo eleva a la mujer. Matemos la sombra de la mujer clásica, que no servía para nada."

MARIA.—"Resucitemos la sombra de la mujer clásica, que servía para el amor."

ELENA.—Así... Así... Ya están encarriladas las dos...

SUSANA.—Doscientas de pintura..., trescientas de contribución... Tres y dos, cinco...

JUANITA.—(*Entrando.*) Señora...

ELENA.—Silencio; no interrumpas, que están trabajando.

JUANITA.—Un señor pregunta por usted...

ELENA.—Pásalo a la sala de las pulmonías. Si cuando acaben no se ha muerto, lo sacas aquí.

NICOLAS.—(*Entrando con traje de viaje. Acento inglés.*) Buenas tardes.

ELENA.—¡Caballero! (*Las tres se ponen de pie.*)

NICOLAS.—Con permiso de ustedes. ¡Es aquí, por casualidad,

donde una señorita cursi no deja dormir a los vecinos tocando todas las noches el "Claro de luna" de Beethoven?

ELENA.—No, señor. Es en el piso de arriba. Y el cursi lo será usted.

NICOLAS.—Muchas gracias. ¿No es aquí, verdad? Entonces me quedo. (*A Juanita.*) Puede usted retirarse.

SUSANA.—¿Qué significa?...

ELENA.—Juanita, prepárate, que hay que llamar a un guardia.

NICOLAS.—Mal hecho. Cinco mujeres contra uno. El guardia se pondrá de mi parte.

ELENA.—Caballero, hay dos escaleras: la principal y la de servicio.

NICOLAS.—Entonces es que pagan más de cincuenta duros.

JUANITA.—¡Dios mío! ¡Este hombre es muy interesante!

SUSANA.—Un momento; dejarme a mí. Señor mío, ¿tiene usted la bondad de explicarse?

NICOLAS.—Encantado, señorita. Yo venía en busca de cuatro hermanas.

SUSANA.—¿Cuatro hermanas? No es aquí.

ELENA.—Espera, espera... Ha dicho cuatro hermanas...

SUSANA.—Aquí estamos tres hermanas y la madre.

NICOLAS.—Y la madre, ¿cuál es?

ELENA.—¡Oh, yo soy, naturalmente!

JUANITA.—¿Llamo al guardia, señora?

ELENA.—¿Qué dices, mal educada? Vete.

NICOLAS.—No se enfade, señorita Susana...

SUSANA.—¿Eh? ¿Me conoce usted?

NICOLAS.—¡Naturalmente! Te conozco a ti, dueña de una tienda de esmaltes, y conozco a tus dos hermanas, Marta y María, extrema izquierda y extrema derecha, respectivamente, y conozco a vuestra madre, jefe de todas las fuerzas unidas. Conozco a toda mi distinguida familia. ¿Y vosotros no conocéis a vuestro primo el del betún, Pérez y Pérez?

SUSANA.—Sí, señor, que le conocemos.

ELENA.—Y por eso sabemos que no es usted.

NICOLAS.—¿Que no soy yo? ¿Qué dices, tía? Sin duda recuerdas al muchacho que hace veinte años se marchó a luchar por la vida. Naturalmente que no soy aquél. Mucho ha cambiado mi posición, mi fortuna y mi acento, pero más he cambiado yo.

ELENA.—Cuidado, cuidado, que éste no es. Es un fresco que viene a sacar partido.

NICOLAS.—¡Tía Elena! ¿Necesitas ver mi pasaporte? Por más

que tengo un documento más importante para acreditarme: mi dinero, que, mientras esté con vosotras, lo veréis correr...

Elena.—¿Tu dinero y que lo veremos nosotras? Este no es. Perdone usted, caballero, pero no representa bien el papel de mi sobrino, de mi sobrino trotamundos y millonario, que a la muerte de mi esposo no se acordó de nosotras.

Nicolas.—No se acordó, es verdad. En aquellos años, su idea, su cerebro, su corazón, su familia, era el betún. Luego, el betún le trajo un río de oro. Y entonces paseó por toda la tierra su dinero, su poderío, su locura de diversión, allí donde antes había pasado su miseria, sus ansias, su trabajo. Y un día, cuando ya la melancolía empezaba a rondarle el alma, recibió una carta vuestra.

Marta y Maria.—¡Dios mío!

Nicolas.—Una carta que era un llamamiento tan suave, tan ingenuo..., y permitidme que os lo diga..., ¡tan romántico! Aquella carta fué para mí un toque de atención, como un aviso de algo inesperado...

Elena.—(Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío, que sí es, y que viene muy blando!)

Marta.—Perdónanos, Nicolás.

Maria.—El llamarte fué una tontería de chiquillas.

Susana.—Sí es, mamá.

Elena.—(¡Claro que sí! ¡Ah, canalla! Como yo te eche el guante nos retiramos a la vida privada.) (*Llorando de repente.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Las tres.—(*Acudiendo.*) ¡¡Mamá!!

Elena.—¡Por fin! ¡Qué emoción! ¡¡La única persona de nuestra familia!! ¡¡Al que creíamos perdido en el mundo!! ¡¡La vida lo quita y la vida lo devuelve!!

Nicolas.—Un momento. Un momento, tía Elena. No hagamos comedias. Hemos vivido siempre muy lejos unos de otros. Ni tú te emocionas por verme, ni yo me emociono por verte a ti. Así que sécate esas lágrimas de mentira y hablemos razonadamente.

Elena.—(¡Jesús! Este me puede.)

Nicolas.—Sé bastante de vuestras vidas. Sé que sois tres pobres chicas sacrificadas a una vida difícil, con una madre que no perdona toda clase de *combineison* para sacaros adelante. Y con un hermano que mientras vosotras lucháis estará bailando en el Ritz.

Susana.—No, en el Palace. Telefonearle que venga, que ha llegado su primo.

Elena.—En seguida. El pobre chico es muy bueno. ¡Ya verás

cuando te vea! No te digo que se va a emocionar, porque a ti no hay quien te engañe.

MARTA.—(*Al aparato.*) Oiga. ¿El Palace? Totó Reales que se ponga al aparato.

NICOLAS.—Perfectamente. Sois una familia interesante. ¿Me permites tus cuentas, Susana? Veamos. Ocho y tres once. Once y has puesto diez y seis. Contigo no se equivoca la tía. Tienes porvenir en el comercio. ¿Y esto? ¿Un artículo?

MARIA.—No, no lo leas...

MARTA.—Oye, Totó, que vengas en seguida. ¿Que no? Dice que no viene.

ELENA.—(*Cogiendo el aparato.*) ¡Oye, niño! ¡Volando a casa! ¿Qué sucede? ¿Que la tienes a punto de caramelo? Pues que se aguante. ¿Que estabas bailando un tango?

MARTA.—¿Cuál?

ELENA.—"Me estoy buscando mi ruina". Oye, inicia la retirada, que hay novedades. (*Cuelga.*)

MARIA.—Por favor..., no leas, Nicolás...

NICOLAS.—"Las bellas ilusiones se marchitan como en los cuentos de hadas..." ¡Y bien! No sabéis, queridas primitas, lo que me interesa todo esto. Yo he sido un luchador, yo he peleado con la vida cuerpo a cuerpo; yo he logrado todo lo que un hombre puede desear, todo... menos algo tan pequeñito y tan insignificante que hasta ahora no había notado que me faltase: la felicidad. Y no era el dinero, no eran los negocios, no eran las mujeres de lujo que yo había pagado; la felicidad era otra cosa. Me di cuenta un día que en un periódico español leí un artículo tuyo. Perdóname, pero era tan cursi, tan cursi, que por primera vez lloré de verdad. Y aquel día pensé: "En España hay tres hermanas—como en los cuentos de niños—, en España hay tres hermanas encantadas que ya les viene a salvar un desencantador de Norteamérica." Y con el alma limpia, con el alma más pura y más niña que pueda tener un hombre, aquí me tenéis. Queridas primitas, un viajero del mundo acude a vosotras. Es un corazón cansado que pide su almohada en otro corazón. Y, como en los cuentos, llama a vuestra casa y os pregunta: "¿Cuál de las tres?"

SUSANA.—¿Eh?

MARTA.—¿Cómo?

MARIA.—¿Qué dices?

ELENA.—(¡Ay, Dios mío! ¡¡Ay, qué rápido va esto!!)

NICOLAS.—No hay que asustarse. Yo comprendo que la vida moderna es demasiado prosaica, demasiado matemática para vivirla

como los personajes de un cuento. Pero esto no importa. Me gusta desmentir a la vida de cuando en cuando; me gusta decirle que muchas veces se equivoca. Y ahora os miro, os veo a las tres bonitas, agradables, simpáticas. Y no dudo en hablaros claro. ¿Cuál de las tres?

MARTA.—¡Eh! ¿Pero es posible?

SUSANA.—Esto es una broma, naturalmente.

NICOLAS.—No. Vuestro primo está cansado de todo. No tiene más que una sola ilusión: una muchacha buena para casarse. Señoritas, ha llegado el príncipe: el del betún, en busca de las tres hermanas de España. Y os pregunta: María, ¿quieres ser mi mujer? Marta, ¿quieres ser mi mujer? Susana, ¿quieres ser mi mujer?

ELENA.—(¡Qué bárbaro! ¡Tres a la vez! Y de las tres, no hay más remedio, una cuaja.)

SUSANA.—Pues bien, con la misma claridad con que hablas tú: no me gustas, primo. No eres el príncipe de mis sueños. Me resultas dos cosas..., ¿cómo te diré yo?..., poco agradables. Feo y viejo.

ELENA.—(¡Jesús! Primeras calabazas.)

NICOLAS.—Perfectamente. Y tú, Marta, ¿cuál es tu primera impresión?

MARTA.—Yo... la verdad...

NICOLAS.—La verdad. Con claridad, como Susana. No me molesta, al contrario. ¿Qué opinas de mí?

MARTA.—Pues, la verdad... Lo mismo que ella.

ELENA.—(¡¡Las segundas!! Esto se pone mal.)

NICOLAS.—Muy bien. ¿Y tú, María?

MARIA.—¿Yo?...

NICOLAS.—Contesta. ¿Lo mismo que ellas? ¿Feo y viejo también?

MARIA.—Sí.

ELENA.—(¡¡Ay!! ¡Estas hijas me van a quitar la vida!) No te apures, Nicolás. Estas chicas son unas atolondradas. No saben lo que dicen. ¡Tú te casarás con la que más te guste, no faltaba más!

NICOLAS.—Un momento, querida tía. Este es un asunto de ellas y mío nada más. Que la primera impresión haya sido mala me parece muy bien; las primeras impresiones se modifican siempre. Y vamos a hacer una apuesta. Yo me quedo tres meses con vosotras. Si en los tres meses no he conseguido el amor de una, vuelvo a mi vida y no ha pasado nada.

ELENA.—¡Lo conseguirás, no cabe duda!

NICOLAS.—Pero con una condición: que tú no intervengas para nada. Vuestra vida seguirá igual: una a sus negocios. otra a la derecha y otra a la izquierda. Y tú, jefe de la coalición. Y el

niño bailando. Este hogar futurista seguirá su marcha. Con toda la avanzada y con toda la locura de que seáis capaces. Ahora bien: si en los tres meses me caso con una de vosotras, este hogar es mío. Mandaré yo. Y entonces se acabaron las fantasías a la moda. ¡El niño dejará de bailar y empezaréis a bailar vosotras! Viviremos según la ley de Dios. El hombre: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", y la mujer: "Parirás hijos con dolor". Como se han vivido muchos siglos y como se vivirán más todavía. Creedme, frente a la esencia de la vida no hay modas que valgan.

ELENA.—(¡Bueno, está visto! Este se casa, pero me exige la dimisión.)

SUSANA.—Perfectamente. Aceptamos tu desafío, Nicolás. Veremos lo que sucede en los tres meses de plazo.

NICOLAS.—Yes. Veremos, primita. Haz el favor de pedir mi maletín de aseo, que he dejado al entrar.

ELENA.—¡Juanita!

JUANITA.—¡Señora! (*Apareciendo.*)

ELENA.—El maletín del señor, y acompáñalo a la habitación del señorito. Esta noche arreglarás una alcoba para él

JUANITA.—(¡Qué bárbaro, qué hombre! ¡No hace más que llegar y se queda!) (*Suspirando.*) Por aquí, caballero.

NICOLAS.—Con vuestro permiso. (*Mutis Nicolás y Juana.*)

MARTA.—¡Esto es maravilloso!

MARIA.—¡Extraordinario!

ELENA.—¡¡Silencio!! ¿No lo habéis oído? ¡Esta casa seguirá su marcha! ¡Porque éste trae muchos humos, y a mí no me la da! Este se vuelve sin casar y lo perdemos todo. ¡Pero ya lo veremos! ¡Todavía estoy yo en el poder! ¡¡A trabajar!!

SUSANA.—Eso es, tiene razón mamá. Como si nada hubiera pasado. Yo a mis cuentas.

ELENA.—Y vosotras a lo vuestro. Leedme esos artículos.

MARIA.—Volvamos los ojos a los horizontes viejos.

MARTA.—...A los nuevos.

MARIA.—¡Hay que edificar!

MARTA.—...¡¡Hay que destruir!!

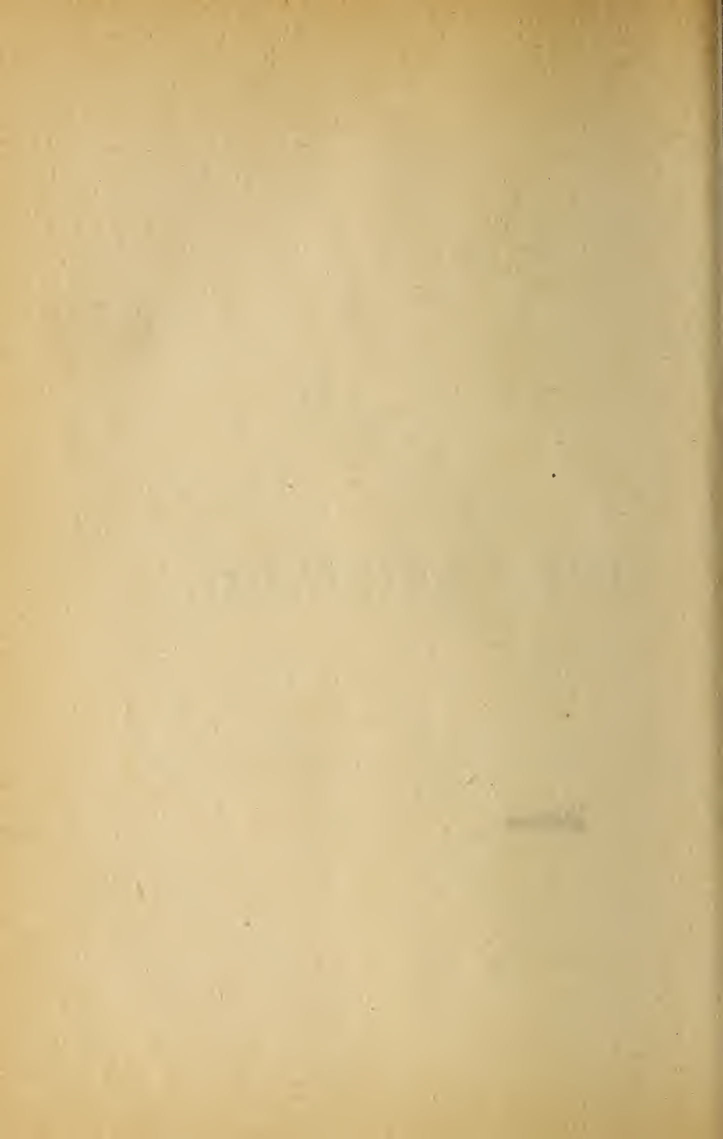
TOTO.—(*Entrando.*) Mamá..., ¿qué ha pasado?

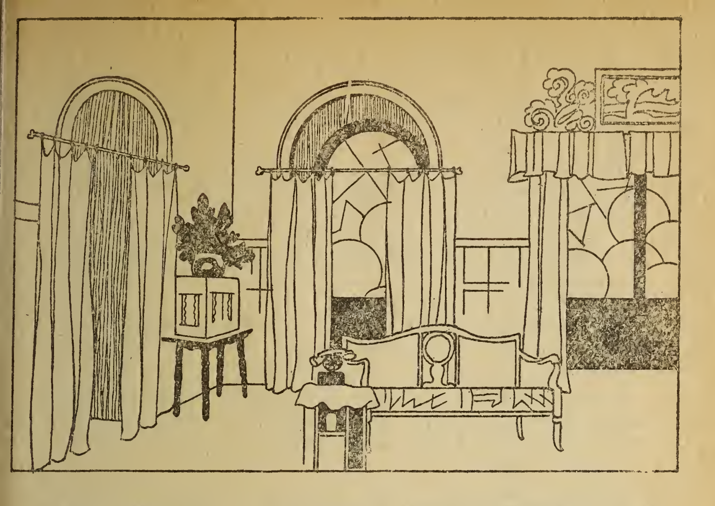
ELENA.—¡No ha pasado nada! ¡¡¡A bailar!!! (*Telón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO



ACTO SEGUNDO





El mismo decorado del acto anterior. Dos meses después. En escena DOÑA ELENA. Entra NICOLAS, dispuesto a salir a la calle, y con una carta en la mano.

NICOLAS.—Buenas tardes, tía.

ELENA.—Hola, sobrino. ¿Sales?

NICOLAS.—Sí, voy a la estación a recibir a mi socio.

ELENA.—¿Tu socio? Hace ocho días que está llegando siempre.

NICOLAS.—No; hoy llega seguro. ¡Ah!, un momento. ¿Tienes la bondad de decirme cómo se llama esa señorita del piso de arriba que toca todas las noches "El claro de luna"?

ELENA.—Carmela Luján. ¿Por qué lo dices? Te advierto que debe ser una mundana retirada a tiempo.

NICOLAS.—Gracias. (*Escribiendo en el sobre.*) "Carmela Luján".

ELENA.—¿Qué es eso?

NICOLAS.—Una carta.

ELENA.—¿Tú escribes a esa mujer?

NICOLAS.—¿Quieres leerla? (*Leyendo.*) "Distinguida señorita: Hace dos meses que vivo en esta casa. Su ventana da exactamente encima de la mía. Y todas las noches interpreta usted el "Claro de luna". ¡Qué espanto! Esa música me recuerda el momento más desagradable de mi vida. Señorita, yo quisiera oírla a usted como quien oye llover. Pero no puedo. Y en toda la noche pego un ojo.

¿Sería usted tan amable que cambiase su música? ¿Por qué no toca usted un tango argentino? O, si usted prefiere, música seria. ¡Hay tanta ópera alemana tan seria, tan a propósito para irse a dormir! Mil perdones por el atrevimiento.—*El de la ventana de abajo.*"

ELENA.—¡Pues hijo! Con una carta así te manda a paseo. Supongo que es una broma y que no se la mandarás.

NICOLAS.—¿Que no? (*Llamando.*) ¡Juanita!

JUANITA.—¡Señor!

NICOLAS.—Esto al piso de arriba. No tiene contestación. (*Mutis Juanita.*)

ELENA.—Claro que no la tiene.

NICOLAS.—Uan moment. Habías prometido no intervenir en mis asuntos.

ELENA.—Y no intervengo. No puedes quejarte.

NICOLAS.—¿Que no? ¿Y para qué le estás haciendo la novena a San Roque sino para que pique alguna de tus hijas? Que al pobre San Roque y a su perro les traes fritos.

ELENA.—¡Nicolás!

NICOLAS.—¿Que no? Si el perro te ve y ladra.

ELENA.—¡Qué barbaridad, qué manera de hablar!

NICOLAS.—Sin tonterías, tía. Tú eres una mujer inteligente y yo un hombre inteligente. No nos podemos engañar. Tú estás que muerdes porque no pica ninguna de tus hijas. Mira, de verdad, si lo declaras me resultas más simpática todavía.

ELENA.—(Bueno, éste me puede.)

NICOLAS.—Mira que si teniendo un millonario en casa le dejas escapar..., sería espantoso, ¿eh? ¡El colmo!

ELENA.—Sí, hijo, sí. El colmo. Sin embargo, ya ves cómo sigo tu mandato. Yo no influyo para nada sobre mis hijas.

NICOLAS.—Ya influyes sobre San Roque.

ELENA.—Eso, sí; pero no me hace caso. Como se trata de una boda por dinero, yo comprendo que San Roque está molesto. Y sobre todo el perro. No es que ladre, como dices tú, pero yo lo comprendo... El perro no me mira bien... Me quita la devoción. Cualquier día vuelvo a elegir un santo con un animalito al lado.

NICOLAS.—No te importe, tía; ya verás. Voy a darte una buena noticia. Ahora voy a la estación a recibir a mi socio, ¿verdad?; pues antes, ¿a que no sabes dónde voy?

ELENA.—¿Dónde?

NICOLAS.—A una tienda de alhajas a comprar una pulsera de pedida.

ELENA.—¿Qué dices? ¿Estás loco?

NICOLAS.—Al contrario; escúchame. Hoy viene mi socio. Yo le llamo mi socio, pero es un amigo nada más. ¡Y qué amigo, si supieras! Mi mascota. Cuando está a mi lado es matemático: no hay negocio que me falle. Y más aún en los negocios de amor. No hay amor que me resista. Es mi mascota, mi amuleto. Y él lo sabe y se aprovecha; porque, eso sí, es un gran sinvergüenza. Lo he mandado llamar porque, la verdad, ya han pasado dos meses y tus tres niñas no se ablandan por nada. Y como yo estoy absolutamente seguro de que cuanto llegue este hombre tengo todo lo que quiero, lo he llamado. Perdóname, querida tía. ¿He hecho mal?

ELENA.—¡Por Dios, hijo mío, qué cosas dices! Vete volando a la estación, que vas a llegar tarde.

NICOLAS.—Hasta luego. Y ya lo sabes: hoy se resuelve todo. Estoy tan seguro que, ya ves, voy a comprar una pulsera de pedida y todavía no sé para quién. (*Mutis Nicolás.*)

ELENA.—¡Susana! ¡Susana!

SUSANA.—Mamá.

ELENA.—Llama a tus hermanas. Venir las tres en seguida.

SUSANA.—¡María! ¡Marta! (*Entran ambas.*)

MARTA.—¿Qué sucede?

ELENA.—¡¡Hijas mías!! ¡¡Ha llegado el momento!!

SUSANA.—El momento, ¿de qué?

ELENA.—De resolver nuestro destino. Hoy hace dos meses que vuestro primo ha entrado en esta casa. Y vuestra actitud es francamente absurda. Peor aún: suicida. Sólo vosotras y yo sabemos los apuros y las angustias de esta pobre vida que estamos pasando. El es un hombre bueno y rico que nos puede traer la tranquilidad a todos. ¿Qué os pasa? ¿Es tan feo, es tan viejo para despreciarlo? No: tiene bastante buen ver. Y con unos arreglitos os lo dejan nuevo. Pues bien: ha llegado el momento. Se ha marchado a recibir a su socio, un amigo que es su mascota. El cree que le va a traer la suerte en el amor. Pues hay que hacérselo creer. Y como yo no me fío de las mascotas ni poco ni mucho, por eso os he llamado. Hijas mías, hay que decidirse. Una tiene que sacrificarse por todas, por las otras dos y por su madre, que bastante ha luchado ya, y por Totó, que es una pena de muchacho, bailando con todas las cacatúas de Madrid.

SUSANA.—Una de las tres debe sacrificarse; lo comprendo. Pero yo no me decido.

MARTA.—Ni yo.

MARIA.—Ni yo.

ELENA.—Perfectamente. Si no os decidís por las buenas lo echaremos a suertes. ¡Ah, qué hijas, Dios míos! ¿Seréis capaces de consentir que vuestra madre cometa la inmoralidad de repartiros un marido a cara o cruz?

MARIA.—Mamá, habías prometido no intervenir en este asunto. Ese era tu deber. Y cada uno debe cumplir con el suyo.

ELENA.—¡¡Ah, cumplir el deber, sí!!... Siempre que nos convenga. El cree que yo no intervengo más que con San Roque, pero si me cruzo de brazos entre San Roque y vosotras me hacéis las diez de últimas.

MARTA.—¡Mamá! Es demasiado lo que pides. Y no es que seamos egoístas. Nosotras nos hemos repartido la lucha por la vida siempre a partes iguales.

ELENA.—Claro, pero un marido no os lo vais a repartir lo mismo que un melón.

MARIA.—Pues eso es lo malo para la que se lo lleve entero. Yo sería su novia por quince días nada más, para probar solamente.

ELENA.—Pues un melón; lo que yo he dicho. A cala y a prueba.

SUSANA.—Bueno, ¡basta, mamá! Por mi parte, la contestación es definitiva: no acepto, y, sencillamente, porque no me gusta. Por fortuna, mi tienda va muy bien, con vistas a un bonito negocio. Soy mujer que sabe ganar su vida. No necesito sacrificar mi corazón. Me basta salud y alegría para trabajar y vivir. Y ahora perdonadme, que me espera algo más importante que esta discusión: mi tienda. Querida mamá: hazte cuenta que para mí ya está sorteado, Has echado una moneda al aire y me ha salido cara. (*Mutis.*)

ELENA.—Cara. Esta me ha fallado. Bueno, quedáis vosotras dos.

MARTA.—Un momento, mamá. Planteadas así las cosas, mi contestación también es terminante. El casarse por recurso ya no se usa. Hoy la mujer debe vivir por sí misma. Como yo diré mañana en Albacete: "Ha llegado el momento."

ELENA.—¡Oye, niña! ¡A ver si me vas a colocar el disco!

MARTA.—Sí, señor; ya es hora de decirlo: Abramos los ojos a los horizontes. Tiremos todas las llaves.

ELENA.—¡Todas las llaves! Magnífico. ¡Y luego habría que llamar al cerrajero!

MARTA.—Parece mentira, mamá, que me propongas esa solución burguesa de matrimonio a mí, a una muchacha como yo, que tiene su camino trazado en la vida del país.

ELENA.—¡Pero oye, oye, niña! ¡Ay, Dios mío, que ésta se lo ha creído!

MARTA.—Naturalmente. Estas cosas pueden tomarse en broma, pero en el fondo llevan todas su realidad. ¿Tú has leído en los periódicos las ovaciones que me han dado en Castellón de la Plana? ¿Y en Manzanilla? ¿Y en Jerez?

ELENA.—¡Claro! ¡Te vas a unos sitios que te has mareado!

MARTA.—¡Sin bromas! Lo que empieza por martingala, para trampear en la vida, puede acabar en serio. Yo creo que tengo condiciones, palabra. Cuando hablo con ese entusiasmo y ese calor, y sin embargo no me importa nada lo que estoy diciendo, yo pienso: "No cabe duda. Yo he nacido para la política."

ELENA.—¡Dios mío! ¡Esta chica está loca! ¡Se ha creído que es Lenin!

MARTA.—¿Pero no fuiste tú quien empezó esta farsa? ¿No me dictabas tú misma los discursos?

ELENA.—Sí, señor; pero eso era antes, y no ahora. Ahora, Dios mío, con un millonario en casa. ¿Tú no has oído que más vale pájaro en mano que ciento volando? Pues aplícate el cuento, que ahora tienes uno en la mano, y bien gordo.

MARTA.—No; es inútil, mamá; no insistas. Ahora, con tu permiso, voy a enterarme a qué hora salgo mañana para Albacete. Y ya lo sabes, repito lo que ha dicho Susana. Hazte cuenta que a mí también me ha salido cara. (*Mutis.*)

ELENA.—Cara. Pues te ha tocado a ti.

MARIA.—¡Eh! Un momento. Como tú comprenderás, yo tampoco acepto. Llevo un mes en la redacción del periódico y estoy muy bien considerada. Mis artículos están cada vez más empapados de tradición. Tú sabes cómo me llaman en un periódico de la noche: "El Angel de las cavernas." Y en otro: "La Señorita Ora pro nobis." Y los del Angel creo que me van a publicar una caricatura con dos alitas y tocando la corneta en el Congreso. ¡Figúrate, yo en el Congreso, lo que significa para mí, aunque toque la corneta!

ELENA.—¡Ay, Dios mío! ¡Otra que se lo ha creído!

MARIA.—¡¡Pues sí me lo creo, sí!! Yo tengo un gran porvenir llevándole la contraria a mi hermana. Estoy segura. Lo que suba ella subiré yo. Hasta que día discutamos públicamente nuestras ideas. Y ese día le llevaremos ventaja a los mejores polemistas del mundo, porque antes nos pondremos de acuerdo en casa y quedaremos bien las dos.

ELENA.—Bueno; yo era maestra en martingales, pero estas niñas me dejan atrás.

MARIA.—De modo que no te molestes, que se vuelva el millona-

rio por donde ha venido. Una cosa es ayudarnos y otra es que nos casemos con él.

ELENA.—Entendido, cara también. Como siempre, la cruz me toca a mí.

MARIA.—Pues mira, aprovecha la ocasión. Al fin y al cabo, está más cerca de tu edad que de la nuestra. Y con unos arreglitos puede pasar.

ELENA.—El, sí; pero yo no tengo arreglo.

MARIA.—¡Quién sabe, mamá!

ELENA.—¡Niña, más respeto! ¡Si yo tuviera veinte años iba a dejar escapar a un millonario! No dejé escapar a tu padre y no tenía ni un cuarto...

MARIA.—Bueno; no te preocupes, mamá. Hasta luego. ¡Tus hijas llegarán a la meta!

ELENA.—¡¡Sí!! ¡Si la meta la pones en Leganés, llegan, desde luego! (*Mutis María.*) ¡Dios mío, qué espanto! Y es mía la culpa. ¡¡Eché la semilla y me han salido madres de la patria!!

TOTO.—(*Entrando.*) ¡Mamá! ¡Mamá!

ELENA.—¡Totó, hijo mío, ven con tu madre!

TOTO.—¿Qué te pasa, mamá?

ELENA.—Nada; la vida, hijo, la vida.

TOTO.—¡Ah, la vida es muy amarga!

ELENA.—¿Pues qué te pasa a ti? A ver si me sales tú ahora con otra canción.

TOTO.—Nada, mamá; que estoy desesperado. ¿Te parece que haberme fallado Chichita?

ELENA.—No te acuerdes más de Chichita.

TOTO.—¡La muy ingrata! ¡Casarse con otro! Mañana, en San Ginés, le echan las bendiciones. Se casa con el pollo Ramírez.

ELENA.—¿Y quién es ese pollo Ramírez que te ha podido a ti?

TOTO.—Pues nada. Un pollo con una pose de príncipe indio que las mujeres lo ven y votan por Gandhi.

ELENA.—¿Y ésta votó?

TOTO.—Claro que votó. La ingrata.

ELENA.—Pues nada, hijo, nada. Valor y a otra. ¿Dónde vas ahora?

TOTO.—A la Embajada rusa. Que dicen que hay unas viejas que son unas ensaladillas.

ELENA.—Pues duro con ellas. Si son unas ensaladillas te las meriendas.

TOTO.—Gracias, gracias, mamá. ¡Tú me das alientos! (*Mutis foro izquierda.*)

ELENA.—¡Casarse con otro esa Chichita! ¡Ay, estos hijos! ¡Lo que cuesta dirigir un hogar!

JUANITA.—(*Entrando por el foro con una tarjeta.*) Señora. esta tarjeta.

ELENA.—"Carmela Luján."

JUANITA.—La señorita del piso de arriba. ¡Trae un aire de mundana!...

ELENA.—Silencio. Que pase. (*Mutis Juanita.*)

CARMELA.—Buenas tardes.

ELENA.—Adelante, señorita.

CARMELA.—¿La señora viuda de Reales?

ELENA.—Soy yo.

CARMELA.—Mucho gusto, señora. Usted perdonará que, sin conocerla, me haya tomado el atrevimiento de esta pequeña visita.

ELENA.—Encantada. ¿Quiere usted sentarse?

CARMELA.—Muchas gracias. Pues es el caso, señora, que esta tarde he recibido una carta, esta carta, que me ha sido enviada desde este piso.

ELENA.—(¡Ay, Dios mío, ya sé cuál es!)

CARMELA.—Dice así. (*Leyendo.*) "Distinguida señorita: Su ventana da exactamente encima de la mía. Y todas las noches interpreta usted el "Claro de luna". ¡Qué espanto! Esa música me recuerda el momento más desagradable de mi vida. ¿Por qué no toca usted un tango argentino?", etc., etc.

ELENA.—Sí..., la conozco. Créame, señorita, que he hecho todo lo posible porque no le mandaran esa carta. Pero mi sobrino es terrible: me puede a mí. Le ha molestado a usted, ¿verdad?

CARMELA.—¿Molestarme? Al contrario, señora. Me ha interesado extraordinariamente.

ELENA.—¿Eh?

CARMELA.—Señora, no sé si sabrá usted que yo he vivido mucho.

ELENA.—Sí, ya lo sé. Y no porque yo me meta a averiguar nada, pero en estas casas tan chicas, ya sabe usted lo que pasa: lo que no se oye en la portería se oye en el patio.

CARMELA.—Pues, sí, señora; he vivido mucho.

ELENA.—(Vivir. Ahora se llama así.)

CARMELA.—Mi vida está..., ¿cómo diría yo? Esmaltada de recuerdos... Un bello recuerdo para cada bello lugar... Toledo, Sevilla, París, Niza, Italia...

ELENA.—(¡Dios mío, ésta es de kilométrico!)

CARMELA.—Y con ser muchos, el más bello recuerdo entre todos es precisamente el "Claro de luna". Esa música me recuerda el

mejor momento de mi vida. Por eso al recibir esta carta he quedado maravillada. ¡Qué bella coincidencia! Un trozo de música que para un hombre representa su momento más desagradable y para una mujer su momento mejor... Y sus ventanas están colocadas una debajo de otra...

Elena.—(¡Ay, Dios mío! ¡Ay Dios mío!)

Carmela.—Es curioso. Me gustaría conocer a ese hombre.

Elena.—Mire, señorita, no se lo aconsejo. No es por desacreditar a mi sobrino, pero es una fiera. Tiene verdaderos ramalazos de locura. Y, sobre todo, con usted está frenético, es capaz de matarla.

Carmela.—¡Oh, qué sugestivo! ¡Morir entre unas manos furiosas!... Ustedes, las gentes burguesas, no comprenden ciertas sugestiones... Yo tenía una amiga que estuvo a punto de ser degollada, y siempre me lo decía con entusiasmo: "¡Qué momento aquel!"

Elena.—(¡Dios santo! A ésta, ni matándola.)

Carmela.—Señora, mi vida ha sido muy triste. ¡A pesar de tanta ventura, qué vacío tan hondo ha quedado en mi corazón! Un vacío que sólo un hombre pudo llenar..., cierto joven millonario que conocí en Montecarlo... ¡Qué feliz era y cómo reí aquella noche! Estábamos en los jardines. El miraba las estrellas y yo le registraba los bolsillos. Una manía de registrar los bolsillos que un día me pudo costar cara.

Elena.—¡Ya! Hija mía, hay manías que llevan a la cárcel a cualquiera.

Carmela.—Y cuál no sería mi sorpresa al encontrar en el bolsillo del gabán, ¿a que no sabe qué? Una caja de betún.

Elena.—¿Eh?

Carmela.—Yo me moría de risa. Un millonario con una caja de betún. Entonces él me dijo: "Pues, querida, en esta cajita está toda mi fortuna."

Elena.—(¡Dios mío!)

Carmela.—Era un gran fabricante. Se llamaba Pérez y Pérez ¡Qué bonito nombre! ¡Aquello fué tan romántico, nos amábamos tanto! Luego la vida, cruel, nos separó. Pero yo sé que él esté seguro—como yo estoy segura también—que si un día la vida nos vuelve a unir será ya para siempre.

Elena.—(¡Ay, Jesús! ¡A mí me da algo!)

Carmela.—Nos conocimos oyendo el "Claro de luna" y nos despedimos con el "Claro de luna" también. Y ahora, pasados los años cuando mi vida es tranquila y sosegada, retirada del mundanal ruido..., un señor del piso de abajo se enfada porque era música

también le recuerda a él algo... ¡Ah, qué interesante! Yo quiero conocerlo. ¿Me lo presentará usted?

Elena.—Desde luego; mañana. (Mañana nos mudamos de casa.)

Carmela.—Agradecidísima, señora. No le ofrezco a usted mi casa porque sé que no sería delicado. Y perdóneme si la ha molestado con sus intimidades este pobre corazón que ha vivido mucho...

Elena.—De nada, hija mía, de nada. ¡¡Eh!! ¡¡Alguien viene!!

Carmela.—¿Acaso él?

Elena.—No. Me parece que son mis hijas...

Carmela.—¡Ah, entonces que no me vean!... Yo comprendo demasiado bien. Y cuando se ha vivido tanto... No es delicado que me conozcan... Son unas niñas...

Elena.—Muchas gracias, hija mía. ¿Quiere usted subir por la otra escalera?

Carmela.—Encantada. Me lo presentará, ¿verdad?

Elena.—Mañana mismo.

Carmela.—Adiós, señora. Estoy encantada y anhelante por conocer a ese hombre.

Elena.—Adiós, adiós, hija. Hasta otro día. (*La empuja hacia fuera y vuelve.*) ¡Señor, qué espanto! ¡Ahí está él con su mascota! ¡Si la llega a ver! No, a esta mujer no la verá nunca. ¡¡Juanita!!

Juanita.—(*Entrando.*) ¡Señora!

Elena.—El sombrero. Me voy a buscar piso.

Juanita.—Ha llegado el señorito con su socio.

Elena.—¿Con su socio? Esto es influencia de la mascota, no cabe duda. ¡Pues se ha portado! Lagarto, lagarto, oreja y rabo, que viene en contra.

Nicolas.—(*Entrando.*) Adelante, Saturnino.

Saturnino.—(*Entrando.*) ¿Se puede?

Nicolas.—Te voy a presentar. Mi tía Elena, la dueña de esta casa. Y mi socio Saturnino López.

Saturnino.—Servidor.

Nicolas.—Aquí lo tienes, querida tía. Este es mi hombre.

Saturnino.—Su amuleto. ¿Verdad, querido? Dame un cigarro.

Nicolas.—Pues a ver cómo te portas. ¿Con qué pie has entrado en esta casa?

Saturnino.—Con el derecho. ¿Me permite usted, señora? Soy tan supersticioso que voy a decir una frase para situar el ambiente...

Elena.—Diga usted las que quiera.

SATURNINO.—Que me den tres, que me den cuatro, toco hierro, cabeza arriba, cabeza abajo...

ELENA.—(¡Sí, frasecitas a mí! ¡Que me den ocho, que me den veinte, madera, madera, cabeza abajo, por el balcón!)

NICOLAS.—¿Y qué frases son esas?

SATURNINO.—¿No lo oyes? Que me den tres, que me den cuatro.

NICOLAS.—(*Quitándole los cigarros.*) Cuatro ya está bien.

ELENA.—Perfectamente, caballero. Aquí estará usted como en su casa. ¿Ha traído su equipaje?

SATURNINO.—¿Mi equipaje? No se preocupe, señora. Si yo soy así; yo viajo sin nada. Ahora me llevará éste al sastre.

NICOLAS.—Cuando quieras.

SATURNINO.—Lo que no me parece bien, la verdad, es venir a molestar a esta casa. Podrías haberme llevado a un hotel.... Al Ritz o al Palace...

ELENA.—No, señor; si no molesta...

SATURNINO.—Sí molesto, molesto; ya lo verá usted. Yo soy muy especial, muy comodón; ¿qué le voy a hacer? Soy un hombre que necesita mucho regalo; si no pierdo efecto...

ELENA.—(Bueno, este tío es un fresco.)

SATURNINO.—Recuerda aquella vez que me mandaste llamar a la Posada del Hortelano porque estabas enamorado de una chica que vivía en tu mismo piso. ¿Pues qué pasó? Que llegué yo, y como aquella posada era una birria, pues todo salió mal. Y la chica no te hizo caso porque se interpuso una que vivía en el piso de arriba. ¿Te acuerdas?

ELENA.—¿Eh? ¿Una del piso de arriba?

SATURNINO.—Sí, señora... Y es que yo no podía producir efecto porque no tenía regalo, ¿comprende usted?

ELENA.—Ya, sí, comprendo... Y teniendo regalo...

SATURNINO.—Teniendo regalo ya es otra cosa.

ELENA.—(¡Señores, qué tío más sinvergüenza!)

NICOLAS.—Así que ya lo sabes, querida tía; hay que tratarlo bien...

ELENA.—Descuida... Tratándose de tu felicidad, todo es poco.

NICOLAS.—Pues puedes creerlo. Mi felicidad está en sus manos.

SATURNINO.—¡Ah, la felicidad es una estrellita que está allá arriba y me guiña un ojo. "Carabí, carabó, pícara eres tú, pero más soy yo." ¿Se da usted cuenta, señora?

ELENA.—¡Claro que me doy! Pero yo lo sé de otro modo: "Carabí, carabó, cuando tú bajas por la escalera yo bajo por el ascensor."

SATURNINO.—¡Magnífico! ¡Somos dos potencias!

NICOLAS.—Pues con la ayuda de todos, todo saldrá a pedir de boca; ya lo veréis. Y tan seguro estoy, que ya he comprado esto. Mira: la pulsera de pedida, y todavía no sé para quién.

ELENA.—¿A ver? Y maravillosa. ¡Qué preciosidad!

SATURNINO.—Una joya. ¡Ah, yo pondré toda mi influencia para que esa joya la luzca en seguida una muñeca digna de ella!

NICOLAS.—Gracias, Saturnino.

SATURNINO.—Te lo prometo. Puedes estar tranquilo. Mi influencia magnética se manifestará bien pronto.

MARTA.—(*Entrando.*) Buenas tardes.

NICOLAS.—Hola, querida Martita.

MARTA.—Hola, primo.

NICOLAS.—Voy a presentarte. Mi socio, que acaba de llegar. Mi prima Marta, una criatura deliciosa.

SATURNINO.—Deliciosa es poco. Encantadora. (*Gesto de magnetizarla.*)

MARTA.—Muchas gracias. ¿Y esto qué es?

NICOLAS.—Una pulsera. Una pequeña joya que, como dice mi socio, espera una muñeca digna de ella.

MARTA.—Nicolás, tengo que hablarte.

NICOLAS.—Tú dirás, querida.

MARTA.—Quisiera hacerte una pregunta. De las tres hermanas a ti te da lo mismo una que otra. ¿Es posible que ni tu corazón, o simplemente tu simpatía, no te haya inclinado hacia una en especial?

NICOLAS.—Hacia ninguna. Las tres sois bonitas y las tres me habéis tratado lo mismo: muy mal. Los mismos desprecios en tres ediciones diferentes; pero, eso sí, en unas ediciones muy bien encuadernadas. Perdóname, pero es la verdad: mi corazón no ha hecho distingos todavía.

MARTA.—Entonces acaso se incline hacia aquella que primero te hable con dulzura, hacia aquella que primero levante los ojos para mirarte los tuyos.

NICOLAS.—Acaso.

ELENA.—(¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!)

SATURNINO.—(Silencio, señora; no vaya usted a cortar el magnetismo.)

MARTA.—Magnífica pulsera. ¡Cuánto debe lucir con un traje de noche!... ¡Y qué extraño poder el de sus brillantes!

NICOLAS.—¿Te gusta?

ELENA.—(¡Ay, que la coge!)

SATURNINO.—(Se la pone, se la pone.)

MARTA.—¿Me permites que me la ponga un momento?

NICOLAS.—Encantado.

MARTA.—¿Tienes la bondad?

NICOLAS.—(*Abrochándola.*) ¡Ah, querida Martita, si este broche no se abriese jamás!

ELENA.—(¡Ay, Dios mío, yo me mareo!)

MARTA.—¿Para quién la has comprado? No para mí, desde luego.

NICOLAS.—¡Quién sabe! Si fuera para ti, ¿la hubieras aceptado? Contesta.

MARTA.—Sí.

SATURNINO.—Bueno, me parece que me porto.

ELENA.—Pero diga usted... ¿Usted está en combinación con mi hija, o qué pasa?

SATURNINO.—¿Yo?... Menos chufla, señora. La que está en combinación es usted para tomarme a mí el pelo. Pero le advierto que a mí no me la da. ¿Martingalas a mí? ¡No faltaba más que eso!

ELENA.—Yo, no; le aseguro a usted que no...

SATURNINO.—(¡Mi madre, qué señora! ¡Esta me da a mí dos vueltas y media!)

MARTA.—Mamá... ¿Tú oyes esto?

ELENA.—(*Abrazándola.*) ¡¡Hija mía!!

NICOLAS.—Querida tía, tengo la gran alegría de pedirte la mano de tu hija.

ELENA.—¡¡Hijo mío!! ¡Y yo la de dártela! Bien sabe Dios el dolor que es para una madre entregar una hija, que es como perderla. Pero yo no pierdo una hija, no: gano un hijo. (*Le abraza emocionada.*)

SATURNINO.—(¡Mi madre! La Sara Bernardt.)

NICOLAS.—Ahora bien. (*Muy bajo.*) ¿Qué te dije yo de la influencia de ese hombre?... ¿Hay algo más palpable? ¡Y lo curioso es que él, en el fondo, no cree en sí mismo! El cree que no es más que un sinvergüenza. Y es un sirvergüenza, desde luego, pero hay "algo más".

SATURNINO.—Bueno, a mí me están tomando el pelo; pero bien, bien...

ELENA.—En fin, hijos míos, que seáis muy felices... Demasiado sabéis que esto era toda mi ilusión, mi sueño dorado... En estos momentos no sé explicarme. La emoción es tan fuerte y tan dulce al mismo tiempo que no me deja hablár... Hijos míos, tendréis muchas cosas que deciros... Por primera vez os voy a dejar solos...

Caballero, venga usted... Le voy a enseñar su cuarto... Venga usted, que nosotros, nosotros también tenemos que hablar... (Ahora me va usted a explicar qué significa esto.)

SATURNINO.—Calma, calma, señora; que al que le tienen que explicar es a mí.

NICOLAS.—¡Saturnino!

SATURNINO.—¿Qué?

NICOLAS.—Abraza a mi novia.

SATURNINO.—(*Abrazándola.*) Señorita...

ELENA.—Eso del magnetismo no me lo trago yo.

SATURNINO.—¡Anda, ni yo!

ELENA.—¡Usted es un vivo!

SATURNINO.—¡Y usted es un águila! (*Mutis los dos.*)

NICOLAS.—Querida Martita, ahora que estamos solos, ¿me quieres explicar a qué se debe ese cambio extraordinario? ¿De verdad te he interesado de repente?

MARTA.—¡Nicolás!

NICOLAS.—Contesta.

MARTA.—(*Rompiendo a llorar.*) ¡Dios mío, Dios mío!

NICOLAS.—¿Eh? ¿Qué sucede? Cálmate, mujer... ¿Qué pasa?...

MARTA.—¡Dios mío! ¡Si tú supieras!

NICOLAS.—¿Si supiera qué?

MARTA.—(*Llorando.*) ¡Que no me gustas nada, nada, nada, nada!

NICOLAS.—¡Martita!

MARTA.—Dios mío, qué más quisiera yo que tú fueras joven y guapo; pero ¿qué culpa tengo yo de que tú seas como eres?

NICOLAS.—Martita, cálmate, que no sabes lo que dices... Pero entonces ¿por qué me has hecho caso?

MARTA.—Porque no tenía más remedio.

NICOLAS.—¿Pues quién te obligabà? ¿Tu madre?

MARTA.—No; peor que mi madre: la política.

NICOLAS.—¡Por favor! ¿Quieres explicarte?

MARTA.—Tú sabes que mañana yo iba a hablar en Albacete. Pues ahora me entero que desde hace una semana han prohibido las patatas en el cocido para hacer colección. Y si no fueran más que las patatas, a mí no me importaba; pero hay más: esperan esa frase mía de "Rompamos la tradición, abramos las puertas, tiremos todos los cerrojos", para tirarme el del Ayuntamiento, que es así de gordo. ¡Qué horror! Y un comité de viejas, que se reúne todos los sábados—"Las amigas de la paz espiritual"—, que van a salir a la estación armada de estacas. Y todo Albacete em-

papelado con letreritos: "Muera la enchufista", "Ojo con la de los Soviets", "Compradle un sombrero y que se calle". ¡Qué vergüenza, Dios mío, y qué miedo al mismo tiempo, porque a mí me rompen algo! No, yo no sirvo para la política, porque a mí me gustaba la política, es verdad, pero saliendo ilesa. ¿Lo comprendes ahora? ¿Comprendes por qué te he hecho caso? Porque mi vida está fracasada. Fué un sueño de mi madre que yo no supe realizar. Perdóname. Soy una pobre muchacha.

NICOLAS.—Pero yo no te gusto, ¿verdad?

MARTA.—Nada, nada, nada, nada.

NICOLAS.—¡Pobre Marta! Trae. (*Le quita la pulsera.*) Ya está. Eres libre.

MARTA.—¡Oh, por favor, perdóname!

NICOLAS.—No te asustes. No irás a Albacete ni te casarás conmigo.

MARTA.—¡Oh, sí voy; si no me caso, ya verás cómo voy! ¡Tú no conoces a mamá!

NICOLAS.—Queda tranquila, yo te defiendo. Desde este momento yo te protejo. Desde este momento no hay mamá que valga. Tu mamá soy yo.

MARTA.—Pero ¿y tú? ¿Tú, que querías casarte con una de las tres?

NICOLAS.—No te preocupes: todavía quedan dos.

MARIA.—(*Entrando.*) Buenas tardes.

NICOLAS.—Hola, pequeña, ¿qué tal?

MARIA.—Nicolás, tengo que hablarte.

NICOLAS.—¿Hablarme? ¿Y con esa cara tan seria? ¿Qué sucede?

MARIA.—Sucede algo muy importante. Tan importante que vengo completamente decidida. Nicolás, vengo a hacerte el amor.

NICOLAS.—¡Ay! ¡Ay! ¿Tienes algún mitin para mañana?

MARIA.—¿Qué dices?

NICOLAS.—Nada, que te expliques.

MARIA.—Pues muy sencillo. Contra todas las rebeldías, pregunta al corazón de la muchacha más independiente: "¿Qué es la vida de una mujer cuando no es paralela a la vida de un hombre?"

NICOLAS.—Ese es tu artículo de ayer, que me lo sé de memoria.

MARIA.—Exacto. Pero me ha hecho pensar lo suficiente. Y creyendo que decía una tontería, resulta que es verdad. ¡No, no hay que hacerse ilusiones! ¡Somos demasiado pequeñas, demasiado débiles, demasiado insignificantes para luchar frente a la vida!

NICOLAS.—Pero, pequeña, ¿qué dices?

MARIA.—¡Que esto se acabó! ¡Que quiero ser feliz de otro

modo, corrientemente, burguesamente, como una chica cualquiera, vulgar... ¿Quieres que probemos?

NICOLAS.—¡María! ¡Si eso fuera verdad!

MARIA.—¡Quién sabe!

NICOLAS.—Bien. Acepto. Desde este momento somos novios. Pero con un noviazgo especial, a prueba, que lo mismo puede transformarse en algo serio que llene nuestra existencia como terminar esta misma tarde en una broma. ¿Aceptas?

MARIA.—Acepto, Nicolás.

NICOLAS.—Encantado. ¡Qué bonita es mi novia!

MARTA.—¡Pues señor! ¡Se ha consolado inmediatamente!

NICOLAS.—(*Llamando.*) ¡Saturnino! ¡Saturnino!

MARIA.—¿Qué haces? ¿A quién llamas?

NICOLAS.—A mi socio, que es un hombre maravilloso. Cuanto te diga es poco. ¡Ahora verás!

SATURNINO.—(*Entrando.*) Bueno, a mí esta señora me marea. Empeñada en que soy un espíritu maléfico, que ya me miro y dudo. Y empeñada en que tengo la cara del perro de San Roque. ¡Dios mío, pero si yo no he ladrado nunca! Y es que me marea, me marea.

NICOLAS.—¡Saturnino!

SATURNINO.—¿Qué?

NICOLAS.—¡Abraza a mi novia!

SATURNINO.—(*A Marta.*) ¡Señorita!...

NICOLAS.—Hombre, ¿pero es ésa mi novia?

SATURNINO.—¡Ah! ¿No es ésta?

NICOLAS.—¿Pero no sabes que es esta otra?

SATURNINO.—¡Claro, claro! ¡No lo voy a saber! Es que estoy mareado. (*Abraza a María.*)

ELENA.—(*Desde dentro.*) ¡Saturnino!

SATURNINO.—¡Voy, voy! (Nada, que no me suelta. Yo no seré el chucho ese que dice; pero yo acabo ladrando.)

ELENA.—(*Desde dentro.*) ¡Saturnino!

SATURNINO.—¡Guau, guau! ¡Digo, voy, voy! (*Mutis.*)

MARIA.—(*Cae llorando.*) ¡Dios mío!

NICOLAS.—¿Eh? ¿Tú también? ¡Pues estoy divertido! ¡En cuanto me aceptan se echan a llorar!

MARIA.—¡Dios mío, si esto era inevitable!

MARTA.—¿Pero qué te pasa? ¿Qué sucede?

MARIA.—¡Que me han echado del periódico!

NICOLAS.—¡Ah, vamos! ¡Ahora lo comprendo todo!

MARIA.—¡Qué disgusto tan grande y qué sofocación al mismo tiempo! ¡Decirme a mí, a mí, que me había comido una hache! Pero no, no son las haches; lo que pasa es que los tengo hartos, porque no sirvo. Esta es la realidad, hermana.

MARTA.—En fin, querida, que te han puesto en la calle.

MARIA.—¡Ah, pero no importa! Yo me sacrifico. Me caso con Nicolás.

NICOLAS.—Pero, hijas mías... ¿Qué os habéis pensado? ¿Que yo estoy aquí de repuesto? A cada cosa que os sale mal os queréis casar conmigo. ¿Pero yo soy un marido o un coleccionista de catástrofes? No, querida María, no llores. Lo que pasa tú misma lo has dicho. Que sois pobrecitas mujeres, sin el vigor y la energía que os exigen, lanzadas por vuestra madre a luchar como hombres. Y una mujer es todo lo contrario: es lágrimas, como esas tuyas; es miedo y temblor; es necesidad de estar protegida; es no servir para nada, que para una mujer es lo más bonito del mundo.

SUSANA.—(*Que ha entrado ya.*) ¡Qué barbaridad! ¿Se puede en el siglo veinte negarle algo a la mujer? ¿A la mujer, que puede ir a la guerra lo mismo que vosotros?

NICOLAS.—Pues fíjate en ellas; mira su fracaso.

SUSANA.—¡Pues mírame a mí! Mi tienda va en aumento, y mi negocio va hacia arriba cada día más. Cada liquidación mejora a la anterior, y si yo tuviera capital, yo iría a la cabeza de una industria poderosa.

NICOLAS.—¡Pues ellas han querido casarse conmigo, ya ves!

SUSANA.—Y yo también.

NICOLAS.—¿Eh? ¿Qué dices?

SUSANA.—Que me acaban de dar una noticia.

NICOLAS.—¿Se te ha quemado la tienda?

SUSANA.—Al revés: que me van hacer la competencia. Pero si tengo capital, no hay competencia que valga. Y tú lo tienes. Me caso contigo.

NICOLAS.—¿Eh?... ¿Pero esto qué es?

SUSANA.—Muy sencillo. Ellas te necesitan por su fracaso. ¡Y yo te busco... para mi éxito!

NICOLAS.—¿Pero yo te intereso?

SUSANA.—Tú me tienes sin cuidado. Lo importante es tu dinero.

NICOLAS.—¡Ay, Dios mío! ¡El mundo va más de prisa de lo que yo había pensado!

SUSANA.—Exacto. Lo mismo que tantos triunfadores—y eran hombres—han buscado una base en el matrimonio, ¿por qué una mujer no te va a buscar de base a ti?

NICOLAS.—Bueno, esto es demasiado prosaico.

SUSANA.—¿Prosaico que una mujer pida tu mano?

NICOLAS.—¡Si pidieras la mano! Pero pides la base.

SUSANA.—Contesta. Te hablo en serio.

NICOLAS.—¡Susana! ¡Mírame a los ojos!

SUSANA.—¿Qué?

MARTA.—(¡Pues, señor, está batiendo el récord de noviazgo al minuto!)

NICOLAS.—¡¡Sí!! Nos casamos, porque no es el negocio. ¡Estás enamorada!

SUSANA.—(*Riendo.*) ¿Quién? ¿Yo?...

NICOLAS.—¡Tú, tú! ¡¡Tantas veces se habla del amor, y es el dinero, que ahora se habla del dinero y es el amor!! ¡Saturnino!

SATURNINO.—(*Saliendo.*) ¿Qué?

NICOLAS.—¡¡Abraza a mi novia!!

SATURNINO.—(*A María.*) Señorita

NICOLAS.—¡Pero hombre!

SATURNINO.—No es ésta, ¿verdad?

NICOLAS.—¡Claro que no!

SATURNINO.—Sigo mareado. (*A Marta.*) Señorita...

NICOLAS.—¡¡Saturnino!!

SATURNINO.—¿Qué?

NICOLAS.—Que tampoco es ésa.

SATURNINO.—Pues estoy peor de lo que yo creía.

NICOLAS.—Aquí la tienes. ¡Esa es mi novia!

SATURNINO.—¡Señorita, a la tercera va la vencida!

ELENA.—(*Saliendo.*) ¿Eh? ¿Pero qué es esto? ¡Susana! ¿Tú?

NICOLAS.—¡Sí, ella! El príncipe de los cuentos ya encontró la suya. De las tres hermanas de España va a llevarse una. Pero como el cuento ocurre en el siglo veinte, el amor, para ir a la moda, se ha vestido de números.

SUSANA.—¡Ja... ja... ja!...

ELENA.—Pero ella se ríe...

NICOLAS.—Mejor. Ríe demasiado para reír de verdad...

ELENA.—(*A Saturnino.*) ¡¡Usted!! ¡Esto ha sido usted!

SATURNINO.—Señora...

ELENA.—Lagarto, lagarto, oreja y rabo, que lo tengo al lado.

SATURNINO.—Señora, que muerdo.

ELENA.—¡Que muerde! ¡Usted es el de San Roque! ¡Ya lo dije yo!

SATURNINO.—¡Y dale!

NICOLAS.—¡Saturnino!

SATURNINO.—¿Qué?

NICOLAS.—¡Abraza a mi suegra!

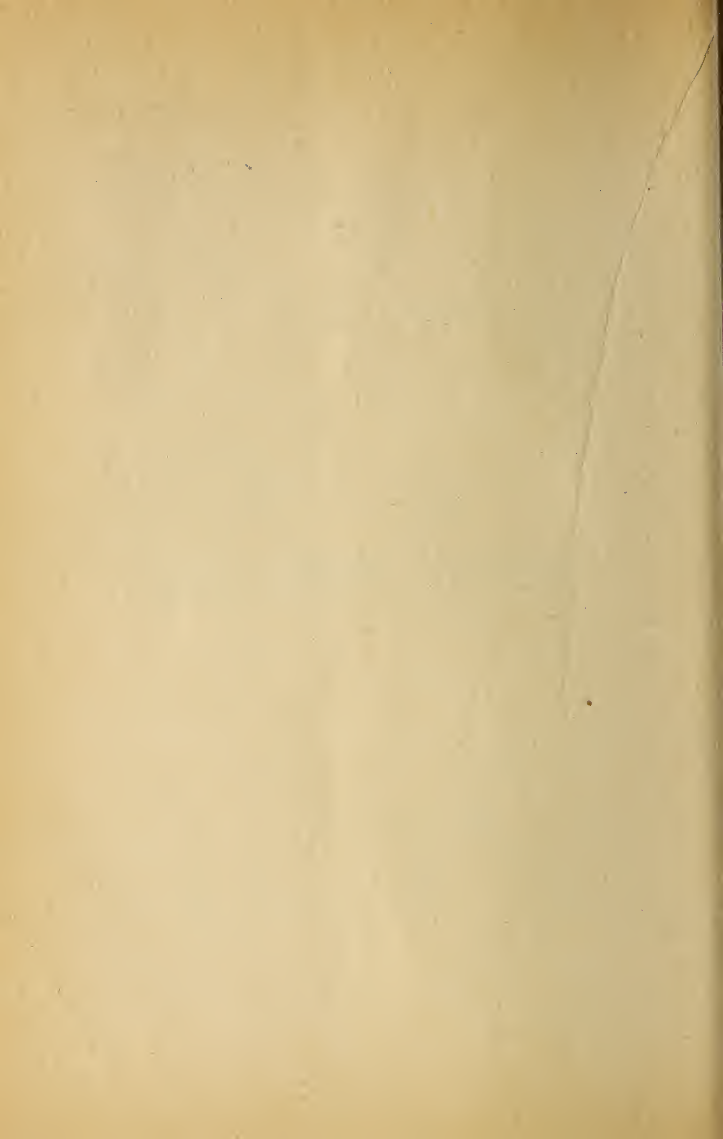
SATURNINO.—¡¡Yo no abrazo a nadie!!

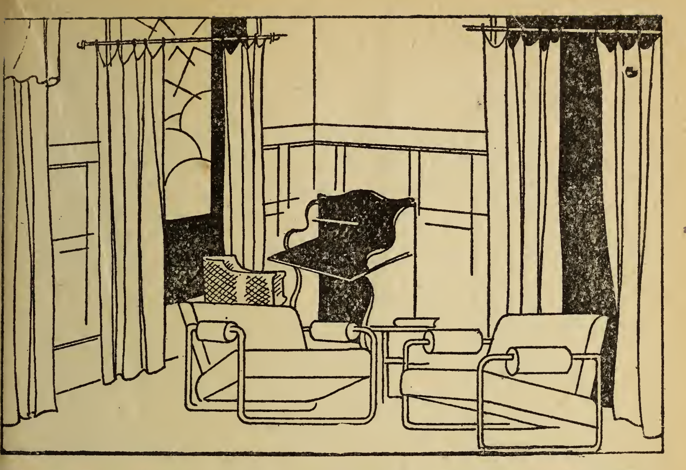
TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO





El mismo decorado. Quince dias después. Entra en esceña DOÑA ELENA, que viene de la calle.

ELENA.—(*Llamando.*) ¡Juanita! ¡Juanita!

JUANITA.—(*Entrando.*) ¡Señora!

ELENA.—¿Están las señoritas en casa?

JUANITA.—La señorita Marta y la señorita María.

ELENA.—Que vengan en seguida. (*Mutis Juanita. Elena se quita el sombrero.*)

MARTA.—(*Entrando.*) ¿Nos llamabas?

MARIA.—(*Idem.*) ¿Qué quieres, mamá?

ELENA.—¿Que qué quiero? ¿Qué puede querer una madre? Que sus hijas salgan adelante, que triunfen en la vida, que valgan para algo. ¿Es que creéis que después de tantas fatigas os voy a dejar convertidas en dos angelitos del hogar? Que ya sabemos lo que es un ángel del hogar: estar mano sobre mano. Y eso no. En esta casa, el que no trabaja no come.

MARIA.—¡Pero, mamá! Si me han echado de "El Tradicionalista", ¿qué voy a hacer?

ELENA.—¿Que te han echado, verdad? Pues ya estás otra vez en la redacción.

MARIA.—¿Qué dices?

ELENA.—Que ya está todo arreglado. ¿Tú te crees que a una hija se la puede echar a la calle impunemente?

MARIA.—¿Pero qué has hecho?

ELENA.—Lo que hace una madre: me he ido a ver al director, al señor Gualda.

MARIA.—¡Dios mío, con lo violento que es!

ELENA.—No te asustes. La entrevista ha sido muy diplomática. "¿El señor Gualda?" "Servidor de usted." "Aquí, la madre de María Reales." "¡Ah—me dice muy fino—, esa señorita que se come las haches!" Y yo le contesto mucho más fina todavía: "El que se come las haches será usted, tío ladrón, que hace usted cada hipoteca que hay que escribirlas sin hache para no llevarle a presidio."

MARTA.—¡Qué barbaridad!

MARIA.—¡Qué espanto!

ELENA.—Mira, se quedó lívido. Y yo seguí muy bajito y con mucho dulzura: "De modo, señor Gualda, que esto hay que arreglarlo. ¡Soy una pobre madre que viene a suplicar! Por otra parte, yo estoy al tanto, señor Gualda, de que el dinero de esta empresa procede de don Higinio Rojo, y si yo descubro la unión de Rojo y Gualda le cierran a usted el periódico."

MARIA.—¡Dios mío!

MARTA.—¡Pero mamá!

ELENA.—No asustarse. Nos estábamos insultando, pero con toda etiqueta, como dos ministros. ¡Parece mentira, echar a mi hija un señor tan bueno! Un señor que yo le veo a todas horas con la señora de Rojo, que más que de Rojo debía ser la señora de Verde. ¡Ah, no! O este señor admite a mi hija, o hay que escribir un artículo sobre la pureza de costumbres...

MARIA.—¿Y me admitió?

ELENA.—Y te han subido el sueldo. Entonces le presenté todas mis excusas, y él me contestó: "No hace falta, señora... Lo comprendo todo... Una madre siempre es una madre... ¡Ah, si todos tuviéramos una madre que nos defendiera!" Y él se acordó de la mía, y yo me acordé de la suya...

MARIA.—¡Entonces... a la redacción otra vez!

ELENA.—¡Desde mañana mismo! Respecto a estos quince días que has estado fuera, ya hemos quedado de acuerdo. Los vamos a achacar a una maniobra de esa gentuza contraria a vuestros ideales. Pero como la maniobra ha fracasado, os vamos a organizar un homenaje.

MARTA.—¡Qué barbaridad! Esto se cuenta y no se cree.

ELENA.—¡Alto! No te escandalices tú, que ahora voy contigo. ¿Tú crees que a las masas de Albacete se las puede dejar con un palmo de narices? Mira: cartas, telegramas de protestta. Mira éste, de los "Hermanos del Sudor", que se lo has cortado a todos.

MARTA.—¡Pero mamá! ¿Qué te propones?

ELENA.—¡Silencio! ¡Menuda vergüenza me has hecho pasar! Decirme a mí aquel salvaje: ¡Su niña de usted se ha "rajao"! "Rajao". ¡Vaya una palabra para oírla una señora! Di tú que era un hijo de Moscú... y había que perdonarle... El caso es que he presentado un certificado de que estabas enferma, y el mitin te lo han trasladado para pasado mañana.

MARTA.—¡Dios mío, que me van a matar!

ELENA.—No te apures. ¡¡Va la Guardia civil y voy yo!! Además, ya se ha corrido que es la mamá la impulsora, y creo que a la que quieren darle es a mí. Pero tú hablas, aunque yo tenga que hacer una cura de reposo. Lo primero es tu porvenir político, que el día menos pensado te meten en la cárcel, y eso será un gran paso.

MARTA.—¡Mamá! ¿Pero no te burlaste de mí cuando yo te hablaba de mi carrera política?

ELENA.—Claro, porque pensaba en la boda con tu primo. Pero ahora que tu primo se nos escapa, "ahora es distinto".

MARIA.—¿Por qué se va a escapar? ¿No es novio de Susana?

ELENA.—No importa. Susana lo acepta por negocio, y él no acepta más que el amor. Ya veréis cómo esto acaba mal. De modo que nosotras, a nuestra vida de siempre. Tú, a tus escritos, y tú, a tu propaganda. Hazme caso, muchacha, que el país te necesita.

MARTA.—¡Magnífico! De repente te burlas y de repente me alientas. ¿Cómo se llaman estos cambios?

ELENA.—Vaivenes de la política.

MARTA.—¡Pero, mamá! ¿Quieres que me ponga predicar barbaridades? ¡Con lo brutísimos que son esos hijos de Moscú, como tú dices, si les hablo del amor libre, a la media hora se han sorteado a la mujer del alcalde! ¿Quieres que envenene con barbaridades nuevas?

MARIA.—¿Y yo quieres que apolille con barbaridades viejas? ¡Dejemos a España quieta, mamá!

ELENA.—Sí, España quieta; ¿y de qué vamos a comer nosotras? Mira, niña: yo quiero mucho a España; pero dile al Gobierno que nos dé una pensión, y ya verás cómo nos estamos calladas. Mientras tanto, hay que vivir, hijas mías. Hay que

dedicarse a los ideales políticos. No hay más remedio. Las niñas, al Parlamento.

MARTA.—Y mientras, el niño...

TOTO.—(*Entrando con pijama azul.*) ¡Mamá! Mira qué azul me han traído. ¿Esto es azul cielo? ¿Me puedo presentar así en el baile de pijamas?

ELENA.—¿Pues qué le pasa a ese cielo, hijo mío?

TOTO.—¿Pues no lo ves? ¡¡Que se ha nublado!! ¡Vamos, hombre! ¡No hay derecho!

JUANITA.—(*Entrando.*) Señora... La señorita Chichita.

ELENA.—¿Chichita?

JUANITA.—Sí, señora. Viene con un pollo.

MARTA.—¿Con un pollo? Será su marido.

TOTO.—¿Y qué viene a hacer aquí esa mujer con su marido? ¡A enseñarnos su luna de miel! ¡A darnos en la cabeza!

GENOVEVA.—(*Entrando con BEBE.*) Elenita... Perdón, hija mía, que entre como en mi casa, pero es que no puedo esperar ni un minuto. Estoy pasando unas horas muy amargas.

ELENA.—¿Qué sucede?

GENOVEVA.—La catástrofe, una verdadera desgracia. Saluda, Bebé.

BEBE.—Buenas tardes, señora.

ELENA.—¿Pero quién es este Bebé? ¿Es tu marido?

GENOVEVA.—No, hija, no. Es mi cuñado.

ELENA.—Pues es muy monín.

GENOVEVA.—¡Ay, hija mía! Vengo a ponerme en tus manos.

ELENA.—¿Pero qué pasa? ¿Quieres explicarte?

GENOVEVA.—Espera, espera que tome aliento... ¡Ay, Elena de mi alma! ¿No ves que en vez de venir con mi marido, vengo con mi cuñado?

ELENA.—¿Pues y tu marido?

GENOVEVA.—¡¡¡Me lo han raptado!!!

TODOS.—¿Qué?

GENOVEVA.—Sí, hijos, sí. Me lo han raptado. Desde anoche no sabemos de él. He ido a la Comisaría y no aparece por ninguna parte.

MARIA.—¡Dios mío!

MARTA.—¡Qué escándalo!

ELENA.—¿Pero cómo es posible?

GENOVEVA.—¡Qué horror! ¿Y tú dices que éste es mono? Pues era mucho más mono que éste.

TOTO.—¿Y quién ha podido ser?

BEBE.—¿Quién va a ser? Cuca Pinares, que no le dejaba vivir.

GENOVEVA.—Cuenta, cuenta lo que sabes, Bebé...

BEBE.—Pues nada. Que anoche, al salir del Ritz, Cuca le dice a Tití...

GENOVEVA.—Tití es mi marido, ¿sabes? Le llamó así.

BEBE.—Pues le dice: "Sube a mi coche, nene, que vamos a dar una vuelta." Y Tití le contesta: "Mira que a Chichita no le gusta que llegue tarde." "Si es una vuelta nada más." Y el chico sube y sale a ochenta por hora.

ELENA.—¡Qué atrocidad!

GENOVEVA.—¡Oh, pero eso sí! Yo tengo que ver a un abogado, porque mi marido es menor de edad. La que tiene veintitrés años es ella, de modo que es ella quien lo ha raptado a él.

TOTO.—Naturalmente.

ELENA.—No te aflijas, Chichita.

GENOVEVA.—¿Que no me aflija? ¡Cómo se ve que a ti nunca te han raptado un marido! ¡Y en plena luna de miel!

ELENA.—¿Pero era feliz?

GENOVEVA.—¡Que si lo era! ¡Qué cosas me decía el muy canalla! Me llamaba bandida, me llamaba chucho... Me miraba a los ojos y me decía: "¿Pero cuándo me vas a dejar viudo?" ¡Ay, qué delicia, qué días aquellos! y otras cosas, otras cosas que no no te quiero contar, porque me da mucha vergüenza.

TOTO.—Pues parece que la viuda eres tú. Porque hay que conocer a Cuca. Esa ha tomado un avión, y a estas horas ha atravesado el Atlántico.

ELENA.—¡Qué barbaridad!

GENOVEVA.—Ya oyes, ya oyes, Elenita...

JUANITA.—(*Entrando foro izquierda.*) Señora... Este telegrama para la señora de Retamares. Lo traen de su casa.

TODOS.—¡A ver! ¡A ver!

GENOVEVA.—(*Leyendo.*) "Auxilio. Dar parte de mí. Estoy secuestrado. No sé si esto es amor o es que os van a pedir el rescate."

TOTO.—¿Y dónde lo ha puesto?

ELENA.—En Vigo.

GENOVEVA.—¡En Vigo! ¡Ay, que me lo embarca!

BEBE.—Calma, calma...

GENOVEVA.—Me lo embarca, estoy segura. ¡Pronto, a la Dirección de Seguridad!

ELENA.—Pero no te aflijas, Chichita. Si te quedas viuda, te casas con tu cuñado.

GENOVEVA.—Ya, si ya le he echado el ojo. Por eso le traigo. ¡Ay, Elenita! ¡Ay, mi Tití! ¡Qué luna de miel!

BEBE.—Vamos, Chichita.

GENOVEVA.—¡Ay, entre Bebé y Tití!... ¡Cómo estoy! (*Mutis con Bebé.*)

TOTO.—Bueno, el telegrama es de Vigo, pero el marido está en la Ciudad Lineal.

ELENA.—¿Qué dices?

TOTO.—Que es una combinación para sacarle las pesetas.

ELENA.—¡Sinvergüenza!

TOTO.—Sinvergüenza él. (Yo no llevo más que el diez por ciento.) (*Mutis.*)

MARTA.—Ahí tienes. ¡Se roban un marido como si tal cosa!

MARIA.—¡Qué tiempos, Dios mío! El colmo.

ELENA.—Sin comentarios. Y a lo nuestro, que es lo que nos interesa. Tú, a preparar tu discurso, que puedes titular "Rusia en Albacete". Están encendidos los faroles de una nueva era. Adelante con los faroles.

MARTA.—Perfectamente. (*Mutis.*)

ELENA.—Y tú, a preparar tu nuevo artículo, que debe empezar así: "El Director me ha vuelto a llamar. Las bajas intrigas nada pueden frente a nuestros ideales."

MARIA.—Esta bien, mamá. (*Mutis.*)

ELENA.—¡Señor, señor! ¡Dile a España que me perdone, que todo lo hago por mis hijos!

SUSANA.—(*Entrando.*) Hola, mamá.

ELENA.—Hola, hija mía.

SUSANA.—¿No ha venido mi novio? Estamos citados para tomar el té en Garibay.

ELENA.—Ahora vendrá.

SUSANA.—¡Mi novio! ¿No te hace gracia que lo llame así?

ELENA.—¿Por qué? Ven acá, Susana. ¿Por qué aparentas esa indiferencia, si en el fondo estás enamorada?

SUSANA.—¿Qué dices? ¿Enamorada yo?

ELENA.—¡Pues claro! Estás hablando con tu madre, y a solas. No me lo niegues.

SUSANA.—¡Qué disparate!

ELENA.—Bien; enamorada es mucho... Interesada, muy intere-

sada. Tanto que en tus libros de cuentas tienes un retrato de él. Y junto al retrato todas las divisiones están equivocadas.

SUSANA.—¡Mamá!

ELENA.—¿Lo ves?

SUSANA.—No, no, te aseguro que no... Es viejo para mí... ¡Sería casi ridículo que yo estuviese enamorada!

ELENA.—¿Por qué? Esto del amor es ciego, hija mía. Yo me enamoré de tu padre y era un saco de patatas.

SUSANA.—¡Eso no! Nicolás está bien.

ELENA.—¡Claro que está bien! ¿Lo ves?

SUSANA.—Bueno, mira, se acabó. Yo me caso por el negocio, pero nada más.

ELENA.—Pues entonces no te casas, porque él no quiere negocio, quiere amor.

SUSANA.—Pues lo siento. Yo no estoy enamorada. Perdona, perdona, mamá... No estoy enamorada... (*Mutis.*)

ELENA.—Esta no da su brazo a torcer. Como yo: cuatro años seguidos enamorada de su padre—que aquello sí que era birria—, y diciendo que no. Nada, pues no hay boda. Porque esto..., esto no lo arregla nadie.

SATURNINO.—(*Entrando.*) Buenas, mi señora doña Elena.

ELENA.—¡Ni usted!

SATURNINO.—Ni yo, ¿qué?

ELENA.—La boda de mi sobrino, que no hay tu tía.

SATURNINO.—Ya lo sé. ¿Y qué vamos a hacerle?

ELENA.—¿Y qué vamos a hacerle? ¿Eso es todo lo que se lo ocurre? ¡Y yo que le tenía por el perro de San Roque! ¡Vamos, hombre! ¡Usted no es ni el perro de Xaudaró!

SATURNINO.—Más respeto, señora.

ELENA.—¿Usted era el espíritu maléfico, el enviado de Lucifer? ¿Usted era el de la fuerza magnética subterránea?

SATURNINO.—Señora, que eso de la fuerza es verdad. Yo por debajo de la tierra voy donde quiero. Y me paro donde quiero.

ELENA.—Toma, y yo también. Pero eso no es magnetismo: eso es el metro.

SATURNINO.—Señora, no me tiente... No me tiente... Que yo, por demostrar quién soy, soy capaz de arreglar esa boda en quince minutos.

ELENA.—Y un coche.

SATURNINO.—Sí, señora, y un coche, que me va usted a regalar en cuanto se hayan casado.

ELENA.—Elija usted la marca.

SATURNINO.—Un Roll entreverado con un Packard.

ELENA.—Y con sus motitas de Cadillac, sí, señor.

SATURNINO.—Sin chuflas. Ahora verá. Carabí, carabó. Volante, chasis y carburador... Cuatro puertas, marcha atrás y conduciendo yo...

ELENA.—¡Pero, bueno!...

SATURNINO.—No interrumpa, que lo estoy fabricando. A la una, a las dos... Ahora llaman, que si es una señora, que si es un señor... Todo niquelado, dale a las ruedas, dale al motor... Y la criada que pide permiso para entrar... Frenos, capota y cambio de velocidad...

JUANITA.—(*Entrando.*) ¿Se puede?

ELENA.—¡Mi madre! ¿Pero qué me estará preparando este sinvergüenza?

JUANITA.—La señorita de arriba. ¡Que trae un aire de Marlene Dietrich!

ELENA.—¿Que trae aire? Pues si trae aire, no entra.

SATURNINO.—El parabrisas, me faltaba el parabrisas.

ELENA.—Que no entre, he dicho.

SATURNINO.—¡Por Dios, señora, que me cierra usted la fábrica! No contribuya al paro. Pásela a la sala y que espere un momento. (*Mutis Juanita.*)

ELENA.—¿Pero qué significa?...

SATURNINO.—Significa que estoy actuando. Recojamos el espíritu. Barbitas de chivo, que las tienes tú, que las tengo yo.

ELENA.—¡Que las tiene usted, vamos hombre! ¿Quiere explicarse?

SATURNINO.—Muy sencillo. Esto del amor tiene su técnica, como los automóviles. Hay amores de seis cilindros y amores de ocho cilindros. Pues bien: esta mujer del piso de arriba conoció a su sobrino de usted en Montecarlo, es verdad.

ELENA.—¡Dios mío! ¿Y con cuántos cilindros?

SATURNINO.—¡Qué disparate! Cilindros no hubo ninguno. No fué más que una panne. Ella, que tenía carrocería, y a él, que se le pinchó un neumático. Pero ahora quiero ponerlos frente a frente. Que se vean otra vez, que surja la mujer que pueda llevárselo, a ver si a su hija de usted se le pisa el acelerador. Porque esto es ya demasiado, señora. Su niña de usted, ¿carbura o no carbura?

ELENA.—Sí, señor; yo creo que carbura.

SATURNINO.—Pues ésta es la mejor gasolina, créame: otra mujer

frente a ella. Y sin miedo, señora; si carbura, a esta de Montecarlo la sacamos a ochenta por hora.

ELENA.—¡Gracias, gracias, amigo mío! Le deberé a usted...

SATURNINO.—¡Un coche!

JUANITA.—(*Entrando.*) Señora, el señorito Nicolás, que está llamando.

ELENA.—Pronto, pasa aquí a esa mujer y abre en seguida. Vamos, don Saturnino, que se encuentren los dos, y sea lo que Dios quiera.

SATURNINO.—Espere usted, espere usted, que hay que impregnar el ambiente... Caldito de boda, que se case Pedro, que se case Juan... Caldito de boda, que me gano un Roll, que me gano un Cadillac...

ELENA.—¿Qué dice usted?

SATURNINO.—Nada. Silogismos. Que se case Pedro, que se case Juan...

ELENA.—Pero, hombre, si el que tiene que casarse es Nicolás. (*Mutis los dos.*)

JUANITA.—Pase usted, señorita.

CARMELA.—(*Entrando.*) Gracias.

JUANITA.—¡Mi madre! ¡La Marlene Dietrich en Marruecos! (*Mutis. Entra NICOLAS.*)

CARMELA.—Nicolás... Nicolás...

NICOLAS.—Señorita...

CARMELA.—Nicolás... Mírame a los ojos. ¿Tanto he cambiado?

NICOLAS.—¿Eh? ¿Qué dice esta mujer?

CARMELA.—¡Qué espanto! Tú tampoco eres el mismo.

NICOLAS.—(*Aparte.*) (¡Dios mío! Esta se ha escapado de la casa de socorro.)

CARMELA.—Soy Carmela. Carmela Luján, aquella hija de los duques de Cabra que tú conociste en Montecarlo y a quien tú trataste, no como a una pobre mujer, juguete de la vida, sino como a una cabra.

NICOLAS.—Como una cabra, es verdad.

CARMELA.—¿Recuerdas? ¿Pero no eres tú aquel millonario a quien yo amé tanto? ¿No recuerdas nuestra pasión? ¡Ay, Dios mío! (*Aparte.*) (A ver si me estoy confundiendo, porque yo soy muy mala fisonomista.)

NICOLAS.—Un momento, un momento, señorita; espere usted... ¿Dónde he visto yo su cara?

CARMELA.—¡Claro! En la Costa Azul... En Montecarlo...

NICOLAS.—Sí... Yo en una butaca; usted en un palco... Montecarlo... La sala de juego... La Bertini... Fué en el Palacio de la Música.

CARMELA.—(*Aparte.*) (¡Ay, Dios mío, que no es éste! Con esto de las fisonomías me armo unos líos horrorosos.) ¡Qué tragedia la mía, caballero! ¡Amar de verdad, intensamente, dar toda el alma y todo el corazón, para luego equivocarme de persona! ¡Qué espanto!

NICOLAS.—No importa, señorita. ¡Sea usted quien sea, ha llegado tan a punto en mi vida!... Yo vine a esta casa buscando un amor burgués. Creí encontrarlo, y la vida me lo niega. Y ahora quisiera olvidar. Usted es bonita, es elegante, es agradable. ¿Quiere usted arrancarme de esta triste realidad y que iniciemos los dos una jira por la existencia?

CARMELA.—¡Caballero! Si no nos hemos conocido nunca, ¿con qué derecho me habla así? Yo no he dado pie para nada.

NICOLAS.—Pero ven acá, mujer... La Costa Azul... Montecarlo... ¿Acaso olvidaste aquella noche en que nos vimos por primera vez?

CARMELA.—(*Aparte.*) (¡Ay, Dios mío! ¿Pero será o no será? Yo estoy hecha un lío.)

NICOLAS.—¡Contesta!

CARMELA.—Perdone usted, caballero. Como usted comprenderá, necesito una prueba, un detalle para saber si usted es aquél. Si no es, sus palabras me ofenden.

NICOLAS.—¿Un detalle? Que la última vez que nos vimos te escapaste con dinero.

CARMELA.—¿Con dinero? ¡Bah! Eso no es un detalle. Con eso no caigo.

NICOLAS.—Mírame a los ojos. ¿Tanto he cambiado.

CARMELA.—(*Aparte.*) (Pero, bueno... ¿Me estará tomando el pelo?)

NICOLAS.—¡Silencio! Que viene mi novia.

CARMELA.—¿Tu novia?

NICOLAS.—No te alarmes... Una muchacha que me busca por dinero. Y a mí me repugna el dinero.

CARMELA.—Y a mí.

NICOLAS.—Yo busco un poco de amor

CARMELA.—Como yo. ¿Vendrás a buscarme en el piso de arriba?

NICOLAS.—Esta noche.

CARMELA.—¡Adiós..., Nicolás! Viviremos nuestra loca aventura. ¡Ay, corazón, corazón! ¿Qué has hecho de mí? (*Mutis.*)

SUSANA.—(*Entrando.*) Perfectamente. ¿Para qué esperar a esta noche? ¡Llámala ahora mismo! ¡Vive tu aventura!

NICOLAS.—¿Lo has oído? Pues bien..., ¿por qué no? ¿Acaso existe en el mundo una sola palabra de amor que pueda detenerme? ¡Si esa palabra existe, dila, y no iré!

SUSANA.—¿Una palabra? ¿Cuál?

NICOLAS.—¡Te quiero! Dila.

SUSANA.—Nicolás... Por favor... Yo te suplico...

NICOLAS.—¿Te suplico, qué?

SUSANA.—Que no vayas.

NICOLAS.—¿Que no vaya? ¿Por qué?

SUSANA.—Por eso, ¡si tú ya lo sabes!

NICOLAS.—¿Qué es lo que yo sé?

ELENA.—(*Entrando.*) Que te quiere, hombre, que te quiere. ¿No lo estás viendo?

NICOLAS.—¡Susana! ¡Ah, no, no! Yo necesito que me lo digas.

uSSANA.—Mamá, díselo tú. Habla por mí. te autorizo.

ELENA.—¿Me autorizas? Ahora verás. ¡Nicolás, amor mío! Te quiero con toda mi alma. ¿Pero no te das cuenta que me tienes loca? Si estoy que no vivo ni duermo...

SUSANA.—Mamá, no te excedas...

NICOLAS.—¿Pero es verdad? ¿Firmas tú ese documento de amor que redacta tu madre? Contesta.

ELENA.—Claro que lo firmo, amor mío. ¿No ves que mis labios tiemblan? Es que quieren ofrecerte el primer beso.

SUSANA.—¡Mamá!

ELENA.—No te preocupes, que se lo voy a dar yo.

NICOLAS.—¡Ah, no! El beso es la firma, y la firma tiene que ser auténtica.

ELENA.—¡Pues qué le vamos a hacer, hija mía! Firma, firma, que yo me tapo los ojos...

SUSANA.—¡Nicolás! (*Se besan.*)

SATURNINO.—(*Entrando.*) ¡Mi madre! ¡Me veo en el paseo de coches! Para que se ría usted del magnetismo. Cuando yo pongo la fuerza subterránea...

ELENA.—Silencio; mire usted esa escena...

SATURNINO.—Espere usted, que les voy a echar unos efluvios para consolidar... Ramita de olivo, ramita de perejil... Matrimonio por la iglesia, matrimonio por lo civil...

MARTA.—(*Entrando.*) ¿Qué pasa?

ELENA.—Nada, hija mía, cosas de la vida. A tu primo que se le ha querido llevar una mujer. Una vampiresa.

MARTA.—¿Qué? Pero no se lo lleva, ¿verdad?

ELENA.—¡Claro que no!

MARTA.—Me alegro, porque el primo vale mucho y merece más... Porque, pensándolo bien, mirándolo bien... ¡Ay, mamá!... ¡Qué tontas somos las mujeres! ¡Cuánto tardamos en darnos cuenta!

ELENA.—¡Pero, niña!

SATURNINO.—¡Ay, mi tía! ¡Que me he excedido en la fuerza magnética!

MARIA.—(*Entrando.*) ¿Qué sucede?

SUSANA.—¿Qué sucede? Mírame a la cara: ¡que soy feliz! Que el amor viaja siempre de incógnito y que en el gran hotel de nuestro corazón entra muchas, muchas veces sin decirnos quién es.

MARTA.—¡Se quieren!

MARIA.—¡Ay, Dios mío! ¡El amor! ¡Muchas veces no sabemos su nombre... hasta que es un imposible! ¡Ay, mamá! ¡Pobrecitas las mujeres!

ELENA.—¿Pero qué ha hecho usted, hijo mío, con eso del magnetismo?

SATURNINO.—Nada, que he puesto dosis para una y me ha salido para tres.

NICOLAS.—¡Eh, un momento! ¡Un momento, señores! Recordad lo que os dije cuando yo llegué a esta casa: "Si yo me caso con una de vosotras, este hogar es mío; mandaré yo." Pues bien, mi distinguida familia, ha llegado el momento. ¿Comprendes, tía Elena, lo que quieren decir estas palabras?

ELENA.—¡Sí, señor: que estás planteando la crisis total!

NICOLAS.—Exacto.

ELENA.—¡Ya lo sabía yo! ¡Se me acaba el mando! Seremos ricos, pero yo no mando más. Perfectamente. Te entrego los poderes, y que empiece tu nuevo régimen.

NICOLAS.—Que empieza ahora mismo. ¿Marta, qué llevas ahí?

MARTA.—Mi próximo discurso.

NICOLAS.—Trae. (*Leyendo.*) "Rusia en Albacete. Los faroles de una nueva era. ¡Adelante con los faroles!"

ELENA.—¡Qué bruta! ¡Lo ha puesto como se lo he dicho!

NICOLAS.—¡Pues a estos faroles se les ha acabado el gas! (*Rompiéndolo.*) ¡Se acabó el comunismo! Y tú, ¿qué es eso?

MARIA.—Mi nuevo artículo.

NICOLAS.—(*Leyendo.*) "El alma de la patria lleva el polvo de los siglos." (*Rompiéndolo.*) ¡Pues hay que limpiar el polvo! ¡Ni tú

ni tú! Por favor, dejad a España tranquila, que ya es hora de un poco de tranquilidad.

MARTA.—¿Entonces, nosotras?

MARIA.—¿Qué hacemos?

NICOLAS.—¿Que qué hacéis? ¡Bailar, divertiros, vivir! ¡Ser las chicas más elegantes y más bonitas del mundo!

MARTA.—¡Estupendo! ¡Viva Nicolás!

MARIA.—¡Viva!

NICOLAS.—¡Las niñas, a bailar!

TOTO.—(*Saliendo con otro pijama rosa pálido.*) ¡Mirad! Mirad este otro, a ver qué os parece. ¿Este es rosa pálido? ¡Vamos, hombre! Estoy desesperado.

NICOLAS.—¡Y los niños, a trabajar!

TOTO.—¿Eh? Pero ¿qué dice?

NICOLAS.—¡A trabajar, he dicho! ¡Mañana mismo empiezas de peón caminero!

TOTO.—¿Eh? ¿De caminero yo? ¡Mamá! ¡Mamá!

ELENA.—A mí no me digas nada. Yo he presentado la dimisión. Desde hace un instante pertenezco a la Historia.

SATURNINO.—(*Muy bajo.*) No se apure usted, señora... Yo la llevaré a pasear en mi coche. Y acaso algún día... me atreva a hacerle el amor. (*Quiere magnetizarla.*)

ELENA.—¡No! ¡¡A mí no!! ¡¡A mí no!!

TELON

FIN DE LA COMEDIA





La comedia cómica
en tres actos, original de
ENRIQUE SUÁREZ DE DEZA,
titulada:

MI DISTINGUIDA FAMILIA

(CARICATURA DE UN HOGAR MODERNO)

MARIA BRU · ELOISA MURO · JULIA LAJOS
ALFONSO TUDELA · JOSÉ ISBERT

ISABEL GARCÉS · ADELA SANTAULARIA · JOSÉ SORIA
CONCHA RUIZ · MARIA PAZ MOLINERO · JESÚS VALERO

RIVADENEYRA (S. A.).—ARTES GRAFICAS.—MADRID